

Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Un fractal de conspiración ¡Vampirismo, extraterrestres, energía infinita y otros secretos que "ellos" te ocultan!

Portada por Javier Rodríguez Laguna | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

· Despertar · Morgellons blues · Soñar · Asuntos pendientes · Morir de
felicidad · Érase un hombre a un móvil pegado · El último vampiro ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Manuel Gómez Lagóstena
Javier Muñoz Pérez
Pablo Moreno Ger
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Díez
Julio Septián del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Javier Rodríguez Laguna

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido
maquetada con
software libre
usando Scribus



Editorial

Comité Editorial

Bienvenidos al estreno del episodio XIV de Sci-Fdl. Seguramente piensen que nuestra revista no cuenta con tantos medios como alguna saga (posiblemente algo más conocida que nuestra publicación) que ha estrenado recientemente otro episodio. Pues se equivocan y podemos demostrarlo. Para empezar, está el hecho matemático obvio: XIV es el doble de VII. Además, solo hemos necesitado poco más de seis años para conseguirlo, mientras que la mencionada saga ha tardado casi cuarenta años para hacer sus episodios. Pero no es solo una cuestión de cantidad, también vencemos en el terreno de la variedad. Sin ir más lejos, en el episodio XIV contamos con niños con capacidades especiales que son adiestrados para conseguir grandes logros, tenemos fuentes energéticas inagotables, armas nucleares, valiosos minerales desconocidos, control mental, naves espaciales, viajes en el tiempo, clones, alienígenas, robots e incluso vampiros. Ahora bien, como no queremos convertir este editorial en una serie de spoilers, no les diremos en qué relato aparece cada asunto. Para descubrirlo tendrán que leer *Despertar*, *Morgellons blues*, *Soñar*, *Asuntos pendientes*, *Morir de felicidad*, *Érase un hombre a un móvil pegado* y *El último vampiro*.

Vale, aceptamos que parece que un poco de spoiler sí que hemos hecho: seguro que algún lector habrá sido capaz de deducir en cuál de todos los relatos mencionados aparecen los vampiros, aunque a lo mejor el título es una tapadera... Tendrán que leerlo para salir de dudas.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestros oídos que hay quien dice que nuestro episodio XIII era poco original. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías

sin fundamento. En caso de que hubiera algún episodio poco original, habría sido el episodio I. Al igual que pasa con otras sagas, el orden en el que se hacen los episodios no siempre sigue el orden de los naturales. El primer episodio puede ser el IV, el XIII o el que nosotros queramos, que para eso disponemos de máquinas del tiempo.

Índice

Despertar.....	5
Morgellons blues.....	9
Soñar.....	14
Asuntos pendientes.....	19
Morir de felicidad.....	27
Érase un hombre a un móvil pegado.....	32
El último vampiro.....	39

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdl se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

POEMA

ENTREVISTA



Despertar

Efrain Gatuuz

Lunes, primer día de la semana. Mi rutina básica es la de siempre. Luego de levantarme me doy un baño, lavo mis dientes y procedo a vestirme. Luego preparo el desayuno mientras escucho las noticias en la radio. Es un día como cualquier otro, no se vislumbra ningún cambio en la rutina. Soy Kevin y vivo en Sorocaba.

Si la comparamos con São Paulo, Belo Horizonte y Río de Janeiro, Sorocaba es una ciudad bastante pequeña. Insignificante, se podría decir. Pero gracias a la providencia divina, la ciudad está situada en una de las regiones más ricas no sólo de Brasil sino de todo el continente americano. Todo gracias al Caronium, un mineral descubierto a finales del siglo XXI, el cual tiene la extraordinaria propiedad de almacenar oxígeno en su interior, convirtiéndose en el recurso más codiciado del planeta. Miles de empresas fueron creadas con el único propósito de extraer el mineral. Pero la reserva más grande se encuentra en el subsuelo brasilero. Nos convertimos en el país más rico del mundo.

Soy un minero de la Corporación Laux, la única compañía que extrae y procesa Caronium en la región de Sorocaba. Trabajar en una mina puede ser peligroso pero la paga es buena, así que vale la pena. Esta mañana fui uno de los primeros en llegar a la mina. Luego de pasar por el portón principal estacioné mi auto y procedí a sellar el pase de entrada para luego dirigirme al vestuario donde se encuentran los uniformes de los obreros. Las instalaciones principales son cómodas, a diferencia de las húmedas y oscuras cavernas en las que pasamos la mayoría del tiempo. Al poco rato llegó Carlos, mi jefe. Es un sujeto extraño. Cuando estamos fuera de la mina es una de las personas más agradables y simpáticas que conozco, pero cuando se trata de trabajo se convierte en un verdadero amargado. Aunque supongo que por eso es que nuestra unidad es una de las más

eficientes.

El personal obrero se divide en unidades. Cada unidad está conformada por 5 personas, dirigidos por un capataz. La rutina en la mina suele ser bastante sencilla. De hecho aburrida sería una palabra más adecuada. Primero debe configurarse la esquiladora, una máquina a motor que se encarga de extraer el Caronium de las paredes de la mina. Luego se deben verificar los protocolos de seguridad, para asegurarse de que los riesgos sean mínimos. Finalmente comenzamos el proceso de extracción. Todo este procedimiento puede tardar una hora y basta que se presente algún contratiempo, normalmente un fallo en la energía, para que se tenga que hacer todo desde el principio. Hoy estábamos listos para comenzar la excavación a las 10 de la mañana. Pero no habían transcurrido ni quince minutos cuando se apagaron las luces de forma violenta.

Realmente el apagón fue el tercer evento. Primero hubo una explosión, cuya onda sonora se propagó rápidamente a lo largo de los pasajes de la mina, amplificándose hasta volverse una especie de grito subterráneo. Luego ocurrió el temblor, que me hizo perder el equilibrio y caer en el suelo estrepitosamente. Finalmente se fue la luz, dejando aquellos pasillos en completa oscuridad mientras las luces de emergencia se encendían. El aire se llenaba de humo, además de impregnarse con un olor a pólvora muy particular. Se escuchaban voces y gritos en todas direcciones.

—¿Están todos bien? ¿Hay algún herido?
—preguntó Carlos mientras se colocaba de pie. El temblor le había hecho perder el equilibrio.

—Estamos bien —dijeron al unísono Alan y José.

—¿Kevin? ¿Franklin? ¿Están bien?
—volvió a preguntar Carlos.

—¡Acá estoy Carlos! —le dije mientras me levantaba— Estoy con Frank ¡Estamos bien!

—Bueno sigamos el plan de emergencia. Vamos a salir todos juntos. Tenemos que dirigirnos a la plataforma B —dijo Carlos con seguridad.

Poco a poco los mineros nos fuimos

reuniendo en la plataforma B, la cual había sido designada como punto de reunión en situaciones de emergencia. Las preguntas no se hicieron esperar, aunque nadie en ese momento sabía las respuestas: ¿Qué ocurrió? ¿Dónde fue la explosión? ¿Acaso habría algún herido? En medio de la agitación llegó una de las gerentes de la Compañía y se dirigió a todos nosotros:

—¡Atención, por favor! ¡Atención! Quiero informarles que ha ocurrido una explosión de gas metano cerca de la plataforma F. Estamos verificando si hay personas heridas. Por favor permanezcan con su respectiva unidad mientras aseguramos la zona.

Mientras ella hablaba los bomberos se abrían paso a través de la mina para hacer su labor. No era la primera explosión en la mina que yo presenciaba ya que son más comunes de lo que uno podría suponer. Pero mientras estábamos ahí reunidos, de pie, comenzó a correrse el rumor de que diez mineros habían muerto. Al poco tiempo este rumor fue confirmado por la misma gerente que se había dirigido hacia nosotros antes, presentándose esta vez con una lista que contenía los nombres de las víctimas. Yo no los conocía personalmente, pero no pude evitar sentir lástima por ellos en cuanto hicieron oficial la noticia ¿Tendrían hijos? ¿Qué le dirían a sus familiares? Estaba pensando en esas cosas cuando un hombre, al cual nunca había visto, se me acercó mientras colocaba algo entre mis manos.

—Por favor revísalo. ¡Esto tiene que saberse! —me susurró temblorosamente en el oído.

Al abrir mis manos vi lo que me había entregado: un pendrive negro. Al levantar mi rostro ya el hombre misterioso se había perdido entre la multitud. En eso escuché el aviso a través de la megafonía. En vista de lo que había ocurrido, la Compañía había decidido darnos el día libre. Luego de quitarme el uniforme y darme una ducha en el vestuario me dirigí a mi auto dispuesto a irme a casa. En el camino me encontré con Alan, quien me pidió el favor de llevarlo al centro de la ciudad.

—Seguro, no hay problema —le contesté. Pero antes de partir recordé el encuentro con aquel desconocido y decidí

revisar el contenido del pendrive en el auto. Luego de contarle a Alan como obtuve el pendrive saqué mi laptop y procedí a revisar el contenido del mismo. Lo único que tenía era un archivo de video. Al iniciarlo apareció en pantalla un videomensaje.

—Mi nombre es Henry, soy el capataz de la unidad diez de La compañía. Estoy grabando este mensaje porque sé que mi vida y la de mis hombres corren peligro. Haciendo un recorrido exploratorio cerca de la plataforma F hemos descubierto un depósito enorme de lo que parece ser armamento nuclear ¡Armamento Nuclear! Al principio dudamos pero ya lo hemos podido comprobar en una segunda exploración. Miles de ojivas están siendo colocadas en regiones de la mina donde la extracción de Caronium ha finalizado. Pareciera que la minería es una fachada de la Compañía. Esta información es sumamente grave y no deberíamos compartirla con cualquier persona. Pero en los últimos días he tenido la sospecha de que se filtró nuestro descubrimiento así que estoy haciendo esta grabación para que, en caso de que algo nos ocurra, alguien pueda hacer una investigación profunda sobre este caso.

Al terminar de ver el video nos quedamos boquiabiertos.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Alan, rompiendo el silencio.

—¡Esto es grave, Alan! Debemos darle esta información a alguien, pero ¿a quién podemos acudir? —le dije.

—Umm... Déjame hacer una llamada —dijo Alan— Conozco a una persona de mucha confianza que puede ayudarnos a manejar esta situación.

Alan bajó del auto durante un par de minutos mientras hacía una llamada. Yo no podía creer lo que acabábamos de ver. ¿Armas nucleares en la mina? ¿Quién las colocó ahí? Y, más importante aún, ¿Qué uso le darán? ¿Acaso todo este trabajo es una fachada y hemos sido parte de un engaño? Todo esto parecía una novela. ¿Y si realmente los miembros de la unidad diez fueron asesinados? ¿No corrían riesgo nuestras vidas ahora que conocíamos esta información?

—¡Kevin, vámonos! La persona que te mencioné nos espera. Se llama Ricardo.

Trabaja aquí, pero es un abogado de confianza —me dijo Alan a través de la ventana del carro.

—¿Seguro que podemos confiar en él? —pregunté. No era buen momento para confiar en cualquier persona.

—Créeme, si alguien puede ayudarnos en esto, es él —contestó con seguridad.

Nos dirigimos a la oficina del tal Ricardo. Se encontraba en el piso 10 del edificio principal. Al salir del ascensor caminamos por un pasillo largo en el cual se encontraban varias oficinas.

—La oficina de Ricardo se encuentra al final del pasillo, doblando a la izquierda —me indicó Alan.

Pero no llegamos a la oficina. Cuando estábamos caminando por el medio del pasillo sentí un fuerte golpe en la cabeza, dejándome inconsciente. Al despertar me encontraba atado a una silla en un cuarto pequeño. A mi lado se encontraba Alan, también atado. Todavía estaba aturdido por el golpe y me dolía fuertemente la cabeza. En eso escuché una voz gruesa. Había una tercera persona en la sala.

—¿Qué información recibieron? ¡Digan lo que saben ahora mismo!

Poco a poco mis ojos se fueron adaptando a la luz que dominaba la habitación y que provenía de una lámpara colgante. Pude ver a mi interrogador. Un hombre vestido con un traje impecable. No tenía cabello y mostraba una barba bien arreglada. Sus ojos mostraban una violencia animal. Sin duda alguna ese era un sujeto que asustaría a cualquiera.

—Por última vez, ¿qué es lo que saben? —dijo aquel hombre con insistencia.

—No sabemos nada. ¿De qué estás hablando? —contestó Alan nerviosamente.

—Sabemos que mienten ¡Encontramos esto! —indicó el interrogador, mostrando el pendrive negro.

—¿Qué hacemos con ellos? —se escuchó la voz de un cuarto hombre en la sala. No lo había visto porque se encontraba detrás de nosotros.

—Maten al humano —respondió con

frialdad el sujeto con corbata.

—¿Y qué hacemos con el clon? —volvió a preguntar el hombre cuyo rostro no veíamos.

—Bórrenle la memoria y envíenlo a casa de nuevo. Mañana debe volver a trabajar —dijo el hombre con traje antes de salir de la sala.

—¿Maten al humano? ¿Bórrenle la memoria al clon? ¿Qué demonios significa todo esto? ¿Qué van a hacer? —todas esas preguntas pasaron por mi mente. Yo estaba asustado. A partir de ese momento todo sucedió muy rápido. El hombre que quedó en la sala se acercó a Alan mientras sacaba una pistola.

—¡Espera un momento! ¡Por favor! —alcanzó a suplicar Alan antes de que el disparo retumbara en el cuarto, produciendo un pitido agudo en mis oídos. Debido al impacto el cuerpo de Alan y la silla donde se encontraba atado cayeron hacia atrás estrepitosamente.

—No te preocupes, tú correrás con mejor suerte —dijo el hombre armado a medida que se acercaba a mi

—¿Soy un clon...? —fueron mis últimos pensamientos antes de recibir un fuerte golpe en la cabeza y sumergirme en la oscuridad.

Martes, segundo día de la semana. Mi rutina básica es la de siempre. Luego de levantarme me doy un baño, lavo mis dientes y procedo a vestirme. Luego preparo el desayuno mientras escucho las noticias en la radio. Es un día como cualquier otro, no se vislumbra ningún cambio en la rutina. Soy Kevin y vivo en Sorocaba.

Morgellons Blues

Maximiliano E. Giménez

Las nubes de plástico

El objeto que cayó del cielo en Roswell, Nuevo México, la noche del 19 de junio de 1947, era tan horroroso que si los halcones que rodeaban al presidente Truman hubieran conocido en ese momento su verdadera naturaleza, habrían arrasado la ciudad bajo una lluvia de bombas de plutonio.

El objeto era un disco incrustado de roca, de unos 2 metros de diámetro, construido en apariencia de metal y revestido con unas cintas o festones, también metálicos pero muy delgados y flexibles. El 24 de junio, la Fuerza Aérea envió una flotilla de aviones de vanguardia Ho-229 desde una base secreta en Mount Rainier, y el objeto recuperado fue remitido a Nevada en el marco de la operación "Majestic 12", que incluyó una fenomenal cobertura desinformativa en los medios periodísticos.

El objeto provocó muertes y enfermedad desde el primer momento. Los agentes que entraron en contacto con los escombros y el objeto comenzaron a padecer hemorragias y cuatro de ellos murieron entre convulsiones y calambres. La evidente contaminación que había sufrido el personal asignado a la recuperación y traslado del objeto obligó a extremar los cuidados, y no fue hasta 1951 que el comité Majestic 12 autorizó los primeros exámenes de laboratorio.

Los resultados no tardaron en verse. Varios integrantes del equipo técnico a cargo de la investigación cayeron gravemente enfermos apenas iniciada la pesquisa, y uno de los infectados huyó a Europa antes que pudieran impedirselo, llevando una vida errante durante 3 años y un curioso diario que permitiría ilustrar su atribulado itinerario:

"12oct. He logrado tomar un vuelo de Alitalia desde Londres y ahora me encuentro en un tren con destino a Florencia. La contaminación avanza a pasos agigantados, y siento los filamentos reproduciéndose en mi

cuerpo como una horda de gusanos espaciales. Estoy seguro que los malditos del M-12 me siguieron los pasos hasta Roma, pero Florencia es un destino tan impersonal como cualquier otro y no pueden saber que lo he elegido. ¡Ni yo mismo lo sabía, maldita sea! No sé hasta donde podré llegar. Tengo sueños, pesadillas inmundas donde los filamentos reinan y la vida de la Tierra se pudre en las marismas y el ocaso. Sueño despierto y ya no sé si soy yo o quién, si no soy el heraldo de una peste devastadora que acabará con la raza humana... Todos los que me rodean tienen un aspecto extraño y amenazador: los hombres de negocios que leen el diario, la parejita que viaja a conocer el Ponte Vecchio, incluso el bebé en brazos de aquella señora... ¡Especialmente el bebé!

23oct. No he dormido y no he comido. Las partes de mi cuerpo me parecen desunidas, como si la única conexión entre ellas se la dieran los haces de fibras que a simple vista se ven bajo mi piel. Las fibras son rojas, blancas o azules, y me provocan una comezón indecible. A la noche asoman sus extremos a través de la piel y se mueven en todas direcciones, como si se comunicaran. He perdido el cabello y casi todos los dientes. Agradezco que el otoño sea frío ya que puedo cubrirme casi por completo para salir. Los malditos me han seguido hasta aquí, espero poder despistarlos entre la multitud en el partido de la Fiore contra el Pistoia. No sé hacia donde escaparé desde ahí. Prefiero no saberlo: no lo escribiré”.

Cincuenta años después, los testigos del dispositivo de intercepción montado sobre el Stadio Comunale para detener al técnico prófugo no acabarían de entender lo sucedido. Un jugador notó que el partido se había detenido y todo el mundo miraba hacia el cielo, del que descendía un brillo como de plata. Un niño que acompañaba a su abuelo en el histórico encuentro futbolístico vio cómo una docena de naves con forma de gota o disco, que flotaban por encima del estadio florentino, diseminaban sobre toda el área una suerte de espuma o confetti, que se desintegraba al entrar en contacto con los objetos. Todo el asunto no duró más de 10 minutos. El cadáver del desertor, por su parte, descontaminado y sin signos visibles de infección, fue hallado más tarde a pocas

cuadras de la cancha, y recuperado para investigación por el comité M-12.

Esa fue la primera vez que se dio uso masivo a las estelas químicas o “nubes de plástico”: lanzadas desde alas voladoras Gotha, y más tarde desde bombarderos estratégicos, las emanaciones estratosféricas de polímeros sintéticos constituyeron por mucho tiempo la única y más radical barrera contra sea lo que fuera que había caído en Roswell.

Morgellons Hotel

El comité Majestic 12 fue disuelto en 1971, a partir de los recortes presupuestarios ordenados por la administración Nixon, y su cierre supuso una sensible merma en los controles que se mantenían sobre el objeto de Roswell. En 1974 una nueva fuga fue detectada en la localidad de Rachel, Nevada, a menos de 60 kilómetros del área secreta donde se conservaba el objeto. Algunos pobladores se quejaron de tener “bichos” en la piel y de sufrir insomnio, mareos y alucinaciones. La compañía Morgellons & Sons, heredera empresarial del desmantelado M-12, condujo una rociada de nubes de plástico sobre toda la región circundante; sin embargo, rastros de filamentos fueron hallados en gasolineras y moteles todo a lo largo de la ruta 375, y las nubes de plástico comenzaron a decorar los cielos de Arizona, Colorado y Texas a medida que la infección progresaba.

El doctor Pierre Morgellons y sus hijos James y Francis, que regentaban un pequeño laboratorio químico en Albuquerque, habían logrado hacerse con el millonario contrato para producir nubes de plástico tras el casamiento de Francis con la hija del general Twining, responsable de las instalaciones del Area 51 que albergaban el objeto de Roswell. La empresa fue rebautizada como Morgellons, Inc., y en la jerga interna comenzó a llamársela Morgellons Inn, o inclusive Morgellons Hotel. La aliteración sugirió a los agentes del gobierno una tapadera para todo el asunto, y así el Hotel Morgellons se alzó, vacío y fatuo, en el linde de la carretera estatal 375, un poco alejado de la calzada, vetusto y horroroso como una tortuga dentada, envuelto en el légame del tiempo, aguardando.

Para entonces corría 1978 y el Centro de Control de Enfermedades (CDC) ya había

tomado noticia de un nuevo brote epidémico, ubicado ahora en las cercanías del lago Powell, Arizona. En esta ocasión, sin embargo, el vector no había podido ser rastreado, y se presumía que los filamentos habían logrado escapar hacia algún lugar en el Desierto Rojo. Helena Brixton, que revistaba como agente de campo del CDC en su calidad de pasante universitaria, fue despachada rumbo a la frontera estatal para evaluar la situación, en un plateado autobús de la Greyhound que cocinaba literalmente a sus pasajeros mientras se desplazaba fulgurante bajo el tórrido sol de agosto.

Descendió en Page con su mochila de lona repleta de tiras reactivas y tubos de ensayo, y consiguió que un desvencijado Ford la llevara hasta las inmediaciones de Greeneheaven, desde donde caminó todo el trecho en medio del polvo colorado hasta la oficina del alguacil.

Greeneheaven, LeChee y otros poblados del desierto no eran en esa época más que ruinosos caseríos devorados por el paisaje de dunas y polvareda. Los asesinos seriales cobraban forma entre las familias abandonadas por el Estado de Bienestar, y los viejos Buick y Oldsmobile de la Edad de Oro se momificaban infinitamente despacio en la canícula cenicienta de la siesta.

Helena no encontró al alguacil en su oficina y debió dormir en el porche de la precaria construcción. Pasada la medianoche la despertaron espantosos gritos que provenían del campo y que remedaban los aullidos del coyote y la agonía de un herido. Helena se arrebujó en su chaqueta de estudiante y exhaló una nube de vapor en el aire helado, lamentando una vez más haber sido enviada en tarea tal y rezando una vez más una plegaria a ese Dios del que descreía.

El amanecer, reventando sobre las planicies arenosas y las terrazas multicolores del Triásico, la sorprendió aterrida y perpleja frente a un fenómeno que nunca había presenciado, aunque hubiera podido intuirlo: la lenta y temblorosa procesión de una miríada de filamentos que hacia ella convergían desde todas direcciones. De pronto su mochila y sus probetas se le volvieron inútiles, obscenas, mientras a su alrededor la alfombra de parásitos rojos, azules, blancos, se irisaba como

un campo de hielo bajo la marea de un sol protoplasmático. Sólo se oía el viento frío que traía el alba y el crujido de los granos de la tierra removida por el paso de la espantosa peregrinación.

En un sentido, sabía mucho más que al principio: que toda la región estaba contaminada, que se trataba de organismos sumamente perceptivos, que su propia vida alcanzaba el final. Sin embargo, ignoraba lo más fundamental: que las fibras procedían de un objeto extraterrestre, que la aspersión de nubes plásticas se extendería a todo el Sudoeste para contener la epidemia, que los parásitos tricolores recorrían ya las venas de América a través de las rutas, los bares, los automóviles. El Hotel Morgellons, en cambio, que procuraba tener bajo control a sus numerosos y distantes huéspedes, tomó nota del deceso de Brixton y se dispuso a redoblar la emisión de aerosoles en la estratosfera.

Los cerebros del M-12

Pero aun el Hotel Morgellons desconocía un conjunto de circunstancias sobre las que los cerebros del M-12 sólo habían podido especular. John Flores, investigador privado contratado por la madre de Helena Brixton para averiguar el paradero de su hija, había logrado acceder a la base de datos de la Biohazard Control Division, dependiente de la Agencia Federal de Seguridad Interior, y había descubierto con horror que la infección Morgellons, fruto de un escape biológico, llevaba ya tres décadas sobre el planeta, y que buena parte de los Estados Unidos se encontraba afectada por este mal. Según los documentos que ordenaban la fabricación de nubes plásticas, las estelas químicas emitidas por los aviones militares intentaban mitigar el impacto de la epidemia y acordonar las áreas más comprometidas. Volcada al juego compulsivo desde mucho antes de la desaparición de su hija, la señora Brixton había ganado una gran suma de dinero en los slots de Las Vegas. Flores sabía que una parte de los archivos del M-12 estaban en poder de Rudolph Morgan, disoluto nieto de Vannevar Morgan, el inventor de las nubes de plástico. Flores compró los archivos a Morgan, que acababa de salir de la cárcel, por mil pavos, y cobró quinientos más a la señora Brixton en concepto de mano de obra. La luz entraba oblicuamente por las ventanas sin limpiar en

su oficina de medio pelo sobre la calle Benton, en Flagstaff, Arizona, pero John Flores se sentía rodeado por la noche todo en torno de los folios desparramados que se abrían ante sí.

Las carpetas contenían información relativa a treinta años de operaciones negras que el viejo general había legado involuntariamente a su nieto al morir de apoplejía, y que este había intentado colocar sin éxito en un par de casas de empeño. Las piezas configuraban un puzzle del cual Flores no tenía la certeza de haber extraído las mismas conclusiones que el viejo Morgan. El rompecabezas de Morgan decía que en junio del '47 había caído un objeto en Roswell que había enfermado a cuantos lo habían tocado, que había sido trasladado al Area 51 trazando un reguero infeccioso a su paso, y ante cuya apertura se había producido un escape que llegó al corazón de Europa. Las nubes de plástico se habían usado para combatir la propagación de la peste, al parecer con éxito, pero los sucesivos brotes epidémicos mostraban a las claras la tenacidad de los parásitos. Los documentos describían pormenorizadamente los síntomas asociados a la enfermedad de Morgellons: comezón, prurito y dermatitis inespecíficas en la primera fase; una segunda fase, típica, con trastornos cognitivos y afectivos asociados a la aparición de fibras anómalas en la piel y los órganos; y una tercera fase, poco observada, en la que las fibras tomaban posesión de todo el organismo y lo constituían en sí mismo brevemente, antes de resolverse de nuevo en filamentos autónomos. Frente a este horror, la emisión de aerosoles sanitarios no parecía sólo una medida razonable, sino una cuestión de supervivencia. Flores, empero, observó un detalle.

Vannevar Morgan tenía un ayudante, el coronel Nathan Hunsaker, que había estado a cargo de la producción de nubes plásticas desde el inicio mismo del programa. De hecho, Hunsaker había sido el único miembro de la dotación original de recuperación del objeto en Roswell que no había sucumbido tras la operación, y en la primavera de 1981 era el único miembro del M-12 que quedaba vivo aparte del ya anciano Robert Gray. Además, Hunsaker había comandado el operativo sobre Florencia en 1954, en el que se habían probado por primera vez las nubes de plástico

sobre la población civil.

John Flores había leído y releído los informes sobre composición química de las nubes de plástico y los había cruzado con las espectrografías realizadas sobre las muestras de fibras Morgellons. Los parámetros coincidían.

Hunsaker afirmaba que se había recurrido a las muestras del objeto de Roswell para desarrollar las nubes de plástico porque sólo mediante el recurso a las propias fibras había sido posible hallar un método para contener la infección. Flores creía, en cambio, que Hunsaker estaba secretamente contaminado y que había desarrollado las nubes de plástico para esparcir la enfermedad por todo el mundo. De hecho, el técnico que supuestamente había escapado a Europa en el '51 era un antiguo compañero suyo de preparatoria, y estaba bajo su supervisión directa cuando ocurrió el incidente.

Flores estaba convencido de que Hunsaker era un renegado, que la muerte del viejo Morgan había sido provocada por contener esa información en sus archivos, o tal vez incluso que el viejo mismo estaba contaminado, junto con sus archivos. Ahora que se filtraba la verdad, el nefando emblema tricolor de los parásitos parecía multiplicarse por doquier, y en los campos de casas rodantes del Medio Oeste los humanos estallaban como granos maduros bajo un sol radiactivo. Ahora comprendía que el Hotel Morgellons tenía muchas habitaciones, y que la puerta por la que había entrado Helena Brixton llevaba el cartel de "OCUPADO. NO MOLESTAR".

Afuera las calles de la ciudad se llenaban de gente que iba de compras, tirando envoltorios de helado al pavimento, pedorreando con sus coches. El calor del verano se anunciaba por encima del horizonte polvoriento, y pronto las ramas de los árboles estarían llenas de hojas y flores. Pero el detective privado estaba perdido. La señora Brixton no le había vuelto a pagar desde la compra de los archivos, mas ni aun todo el dinero del mundo le hubiera permitido recobrar el sosiego. Flores hubiera pagado para no haber comprado nunca esos archivos, que le mostraban la peste contenida en la hierba, en las nubes, en el suelo mismo de la

tierra de los bravos.

Como los hongos de una cueva cuando las lámparas se han apagado, el fulgor de los archivos en el aire sucio del despacho fue decreciendo mientras atardecía. Flores no podía moverse. Sentía a los Morgellons desplazarse por la urbe, cobrando ímpetu a medida que las estrellas se encendían en la boca de la noche, reflejando mientras avanzaban el brillo azulado de los televisores, a través de las ventanas.

Un bocinazo abajo en la calle lo sobresaltó, y al mirar hacia arriba vio en el marco de la ventana una fantástica proliferación de fibras, que orladas por las luces de neón de las azoteas circundantes, se derramaban en la oficina como los restos de una bandera americana a medio digerir.

Flores no dudó un instante. Giró el pomo de la puerta y atravesó a toda velocidad el edificio hacia la calle, donde aún se demoraba el calor y la luz de la jornada. Arriba en el firmamento oscuro vio las estelas de los aviones que esparcían una nueva ración de nubes plásticas sobre las áreas pobladas. Caminó con paso quedo entre la gente, los viandantes, las mujeres. A su alrededor, sobre las paredes, en los charcos del bordillo que miraban hacia el cielo y a las luces de la calle, los Morgellons avanzaban, pero nadie parecía advertirlo.

Respuesta de las estrellas

Ya en 1896, el célebre inventor Nikola Tesla sugirió que una versión modificada de su sistema de transmisión eléctrica inalámbrica podría ser utilizada para ponerse en contacto con seres de otros mundos. En 1899, mientras realizaba ensayos de comunicación interplanetaria desde su estación experimental de Colorado Springs, había logrado irradiar con éxito, a una distancia de casi 7 años-luz en dirección a la estrella Wolf 359, una transmisión que los habitantes de su sistema planetario interpretaron como una clave de Tres Colores.

La respuesta no se hizo esperar. Los mirnx enviaron un Germinador hacia la Tierra, con una precisión tal que el objeto cayó, tras un viaje de casi medio siglo, a menos de 400 millas de donde Tesla había tenido su laboratorio. A la lejanía, las explosiones de las pruebas atómicas estadounidenses en Nevada

fueron tomadas como confirmación de haber recibido el envío: los mirnx respondieron a la vez con una serie de detonaciones de gran magnitud en sus planetas exteriores, y dedicaron los siguientes 50 años a desplegar una excursión de gran escala. Ahora, una centuria después del mensaje de Tesla, la llegada a la Tierra era inminente. Los mirnx esperaban que el Germinador hubiera cumplido con su cometido, y que al arribo de la delegación principal los organismos terrestres estuvieran ya tan consustanciados con la esencia mirnx que el vínculo entre las razas resultara sustantivo y duradero. Después de todo, como huéspedes, adoraban empaparse en profundidad del color local.



Soñar

M. Reyes

Para Gael y Belén

A Marimar, la mujer de mi vida

En recuerdo de mi hermana

Respiró.

Aún dormida, los recuerdos y los sueños se mezclaban en su cabeza. ¿O eran recuerdos de sueños? Difícil de decir, probablemente no tenía importancia. Se dio media vuelta y soñó.

Flotaba muy alto sobre el mar. Bajo sus pies el viento dibujaba grandes olas manchadas de espuma. Creaba imágenes que aparecían y desaparecían, dejando una idea en su subconsciente, algo bonito imposible de retener. Giró la cara apartando los rizos que tuvo con seis años. En sueños todo es posible.

Siempre le habían gustado sus rizos, pequeños bucles que su madre nunca había logrado controlar. Y le gustaba el viento, huele a cambio. Trae promesas de dragones, sirenas, monstruos y caballeros. Sus ojos se perdieron en el horizonte, que siempre parece cercano, que siempre es inalcanzable, la tentación del viajero y del soñador.

A los lejos, las olas se volvieron oscuras. Su alma sintió el frío que las envolvía, profundo, triste, desesperanzador.

Ahora estaba en el agua. Casi no podía ver, sentía los músculos entumecidos, apenas podía mantenerse a flote. Braceaba luchando contra aquellas olas que parecían llegar de todas partes a la vez. Intentó gritar, pero su voz se quedó entre dos mundos, ahogada por el sabor del mar. Abrió la boca para respirar una última bocanada de agua salada.

Los sueños pueden ser crueles.

María se revolvió en la cama. Rescatada por el roce de las sábanas, por el peso de su cuerpo sobre el colchón, por todo lo que nos une al mundo, continuó durmiendo.

Caminaba por la playa, sintiendo el calor de la arena. Recordaba haber leído que cada grano de arena es una historia. Una historia vivida, imaginada o soñada. Tres universos que se mezclan en tus manos. Parece fácil distinguirlos, pero a veces los recuerdos soñados se cuelan entre los vividos.

Volvía a tener seis años. Tenía puesto su vestido preferido, el del pecho fruncido con pequeñas flores azules y verdes. De pie, se aferraba con sus manitas a la cuna de su hermano mientras el agua subía. Ya le llegaba a la cintura. Tenía miedo pero no lloraba, no quería despertar al bebé. Las imágenes mil veces recordadas habían sido completadas con razonamientos adultos. ¿Por qué estaba sola en medio de una inundación? ¿Por qué no pedía ayuda? Cuando el nudo en la garganta se hacía insoportable, se abría la puerta y su padre les sacaba de allí a los dos, cogiéndolos en brazos. Sentía el tacto áspero de su camisa de leñador, que se iba oscureciendo al mojarse.

Nunca ocurrió. No hubo inundación ni rescate. Ya adolescente, practicando su deporte favorito, mirar fotos viejas con su madre, se preguntó por qué no había fotos de aquel día. ¿Acaso era una manera de olvidar? ¿Se podía eliminar un recuerdo hasta el punto de que nunca hubiese existido? Su madre la miró sin comprender, nunca había pasado algo así. Pensativa, le contó como con apenas dos años estuvo a punto de ahogarse.

—Estábamos con unos amigos. Tu padre y yo fuimos a bañarnos y te dejamos al cuidado de tu padrino. Sin que nadie se diese cuenta, no sé cómo, tu pañal y tú nos seguisteis hasta el agua. Y te tiraste sin más. Por suerte un chico te vio y te rescató. Lloraste para vivir por segunda vez.

¿Cuántos recuerdos falsos tendría? Distinguimos la realidad porque tiene reglas que somos capaces de predecir, y con el tiempo le gana la partida al caos de los sueños.

Claramente ahora era incapaz de distinguir nada. Mirando la arena creía ver cada historia, todas a la vez. El mundo se acercó y se alejó al mismo tiempo. Ella misma era diminuta y enorme, pequeña como un átomo y grande como un universo...

Respiró.

La consciencia ganó más terreno esta vez. Sintió la calidez de su piel, su suavidad. Hay pocas sensaciones mejores que despertar debajo de un cálido edredón, disfrutando de la pereza, del abandono, del aire fresco acariciando tu cara, sabiendo que estás a salvo en tu mundo, en ese momento en el que nada más existe.

Extendió sus sentidos más allá de sí misma. Daniel dormía a su lado. Su olor, ese olor particular suyo, le reconfortaba. Era sutil, casi dulce, se metía en su cerebro y le hacía sonreír. Muchas veces, entre juegos y besos había buscado la fuente de aquel aroma. A veces lo encontraba en su pecho, otras en su nuca. Daniel se había hecho un hueco en su corazón a base de sonrisas, miradas y caricias. Era enfermero, católico y uno de los niños rechazados de La Facultad.

Mucho habían hablado de todo ello. Lo que más sorprendía a María era su fe. ¿De dónde le venía ese convencimiento total de la existencia de Dios? Ella solía intentar tomarle el pelo al respecto.

—Está bien —le dijo un día—, Dios existe. Y te voy a decir cómo he llegado a esta conclusión —ambos sonreían—. Es muy sencillo. La fuerza de la gravedad es proporcional a las masas de los cuerpos en juego dividido entre el cuadrado de la distancia que los separa. ¿No es fascinante? ¡Claro! Piénsalo... ¿Qué son las matemáticas? Un invento humano. ¿Y qué es un dos? La suma de uno más uno, un concepto perfecto, exacto. Y resulta que la gravedad, que domina nuestro mundo, depende de la distancia elevada a dos. Ni 2,01 ni 1,99. Es más, si fuese cualquiera de esos dos números el universo no existiría. Si al menos fuese un número de esos con infinitas cifras, como π ... pero 2 es demasiado exacto. Daniel la miraba con cariño. Incluía esta nueva teoría entre otras tantas que María, como buena atea, había ido destilando con el tiempo.

De su paso por La Facultad era más difícil hablar. Daniel era muy pequeño cuando entró, y aún era un niño cuando decidieron devolverlo al mundo escolar.

En sus inicios, La Facultad no tenía ese nombre. Era el departamento de pedagogía

del colegio San Judas Tadeo. En 1999 Carmen Peñuelas, jefa del departamento, recibió una carta de un abogado con un cheque. Estipulaba que recibiría un importe similar cada año siempre y cuando el dinero se destinase a la enseñanza de las matemáticas de forma poco usual.

Carmen miró el cheque, releyó la carta, volvió a mirar el cheque y volvió a releer la carta. Sosteniéndola aún en la mano marcó el número del membrete. –El papel es bueno –pensó. El abogado, con un tono monocorde, le explicó que cada año debería enviar una memoria de actividades, y cada año, ese mismo día, recibiría otro cheque por la misma cantidad.

–Incrementado con la inflación, naturalmente.

–¿Y hasta cuándo?

–No debe preocuparse por eso. Buenos días.

Era una cantidad importante. Mientras intentaba comprender cómo era posible que todo aquello estuviese ocurriendo, recordó una conversación mantenida con varios amigos muchos años antes.

Estaba en su tercer año de universidad, y las charlas en torno a la pequeña mesa naranja del salón se habían convertido en una costumbre en aquel minúsculo piso sin televisor. Esa noche la mesa estaba cubierta de vasos de cerveza negra y chupitos de whisky irlandés. Hablaban de la frustración que sentían en sus estudios. Marc, en segundo año de físicas, lo tenía claro:

–En la época de Newton, los matemáticos no eran sólo matemáticos. Eran físicos, filósofos, políticos, algunos naturalistas, incluso pedagogos –para decir esto miró directamente a Carmen–. Ahora, en cambio, cuando hemos avanzado tanto, llegas a losveinticinco, ¿y qué has aprendido? Si eres de los buenos, con suerte has empezado a ver el horizonte del estado del arte de ese pequeño campo o concepto que has elegido. Con mucha suerte y trabajo, cinco o diez años después habrás aportado un minúsculo avance que no podrás explicar a nadie sin enrojecer de vergüenza. Parecerá algo nimio

para todo el que no sea un experto en la materia. Bueno, sí, les parecerá asombrosamente complicado, pero pensarán un poco y preguntarán: "y eso, ¿para qué sirve?"

Las explicaciones sobre cómo avanza realmente la ciencia, cómo sin las pequeñas aportaciones nadie estaría en condiciones de plantear algo nuevo, tuvieron poco éxito.

Marc era tajante. Las cosas se estaban haciendo mal. Había llegado el momento de empezar a enseñar las cosas por el final. La física cuántica, las matemáticas más complejas, había que reducirlas. Los últimos descubrimientos serían los axiomas iniciales. No, mejor aún, las tablas de multiplicar de la nueva ciencia. De esa forma, los niños manejarían conceptos profundos sin darse cuenta...

Carmen Peñuelas se recostó en su sillón y suspiró.

María respiraba tranquilamente ahora, pensando en la historia de La Facultad. Habían pasado ciento cincuenta años desde la llegada del primer cheque. Al principio todo fueron fracasos, pero hará unos sesenta años la metodología de enseñanza empezó a conseguir sus objetivos. Algo después llegaron los primeros avances, y en seguida el cambio de nombre y el secretismo. La Facultad se volvió una institución hermética, y sólo los rumores dejaban entrever lo que allí se hacía. El último era demasiado importante como para mantenerse en los corros universitarios. Se decía que los alumnos habían hecho grandes avances en la fusión en frío. Se hablaba de una revolución energética en menos de treinta años. Sin embargo, ella sabía, Daniel sabía, que habían ido mucho más lejos.

Los humanos somos extraños, capaces de lo mejor y de lo peor. Podemos llegar a negar la naturaleza, negar nuestra propia supervivencia. La apuesta más arriesgada de los genes, casi una ruleta rusa. Es posible que la humanidad se aniquile, pero también podría colonizar el universo entero. Y todo depende de cosas tan pequeñas, o tan grandes, tan intangibles, como la amistad o el amor. O el odio.

¿Qué es lo que hace que dos niños de

ocho años que se encuentran en una clase de desconocidos se sientan seguros el uno al lado del otro? ¿Por qué conectan, por qué se entienden casi sin hablar? ¿Por qué esa confianza sobrevive a la salida de Daniel de La Facultad, a la vida y al azar?

Habían pasado dos días desde la última visita del facultativo, como a Daniel le gustaba llamarle. Hablaron de lo mundano y de lo divino, de los recuerdos, de cocina y de amores. Se rieron como siempre y se encontraron en sus risas.

El silencio duraba ya más de lo acostumbrado. María les miraba mientras ellos escudriñaban sus respectivos vasos con aire ausente y una media sonrisa que se negaba a abandonar sus labios.

–La verdad es que es increíble. Me pregunto dónde llegaremos. –Una frase lanzada al aire, sin ánimo de ser replicada, una introducción a la confesión que siguió. Daniel y María lo presintieron y ninguno dijo nada, dejando que su amigo ordenase sus ideas, que las palabras encontrasen el camino a través de sus miedos.

–Lo llamamos fusión catalizada. No es mi especialidad, pero... han desarrollado moléculas complejas que atrapan los átomos de hidrógeno –levantó los ojos, incapaz de no sentir la enormidad de lo que quería explicar. –Después se enredan entre si, y cada paso los deforma un poco más. Pero además van excluyendo estados, eliminando combinaciones. Al final el hidrógeno es casi inestable, está al borde de no tener lugar en el universo para existir.

Había gesticulado, retorciendo aquellas moléculas con sus manos, enumerando en el aire los átomos que atrapaba, dándoles la vuelta como un calcetín. Hizo una pausa. Un pensamiento cruzó por detrás de sus ojos. Suspiró.

–Entonces entran en juego los catalizadores. Están inspirados en los que intervienen en los procesos de nuestras células, pero actúan al nivel de las partículas fundamentales. Prácticamente eliminan la última barrera y sólo necesitas un poco de energía para producir helio. Y listo. Tienes fusión fría, controlable, limpia, ilimitada.

Se recostó en el sillón mientras pronunciaba la última palabra, las manos abiertas aun formando un abanico, o una flor, que se abre, que explota.

Al mismo tiempo Daniel se incorporó en el sofá, como si una sola palanca los hubiese movido a ambos.

–¿Eso es fantástico! ¿Cuándo estará listo?

– No me has entendido. Funciona. Ya. El reactor no es más grande que este piso.

–...

–Nadie lo sabe, Daniel –su amigo reaccionaba ante la cara de asombro primero, de incompreensión después, de perplejidad. –Y así debe ser. Todo se vendría abajo si de repente existiese una forma de energía así. El cambio debe ser gradual, no estamos preparados.

–¿Pero no dices que funciona?

–No me refiero a La Facultad. La humanidad no está preparada. Esto cambiaría el paradigma. Energía libre, prácticamente gratis. ¿Qué haría la gente?

–Por lo pronto no morir de hambre, o sed.

–¿Y después qué? ¿Explosión demográfica? ¿Agotamiento de recursos? ¿Nos convertiremos en parásitos de La Tierra? ¿Para qué trabajar?

–Todo eso es secundario. Salvarías vidas.

–¿Pero qué pasará a medio plazo? No lo sabes.

–Tú tampoco.

María abrió los ojos en la oscuridad de su habitación. Recordó el mar, el viento frío, el desasosiego, el nudo en la garganta, su subconsciente intentando en vano avisarle del ruido en la planta baja, del silencio sostenido que le siguió, del susurrar de las escaleras, de las respiraciones ahogadas detrás de la puerta.

Antes de conseguir reaccionar, dos hombres habían entrado en la habitación. Uno de ellos sujetaba ya a Daniel, un trapo sobre la cara. El otro había rodeado la cama y alargaba los brazos hacia ella. Todo ocurría a cámara lenta. Tuvo todo el tiempo del mundo para

fijarse en cada detalle. El crujido del cuero al apretarse contra su cara, tapándole la boca y la nariz. El pánico en su garganta, el terror, el sentimiento de injusticia, de pérdida. Sus piernas golpearon las de Daniel, que peleaba aún. Sintió su violencia desesperada.

Aquel hombre se apoyaba en ella con todo su peso, inmovilizándola. Trató de respirar con todas sus fuerzas, el cuello en tensión, los ojos abiertos, mirando esa sombra que le quitaba la vida. Se arqueó, intentó girarse, le ardía el cuerpo. Gritó con cada poro de su piel sin conseguir un sonido. Las lágrimas corrían por su cara. Luego, todo se volvió negro.

Gracias por llegar hasta aquí, espero que te haya gustado. Si es así no dudes en pasárselo a amigos, familiares o quién sea. Si no, al menos ha sido breve!

m.reyes.cuenteando@gmail.com

Asuntos pendientes

David Pérez Marulanda

Notó la sombra del niño que corría en círculos, a lo mejor volaba un avión de juguete. Lo seguía en un frenesí, bordeaba las paredes, se acercaba, se alejaba. Antonio se sentó a la mesa y puso sobre ella el plato de fideos. El pequeño se ubicó frente a él, su figura había crecido, no jugaba más; ahora era el hijo que se acercaba a la hombría. Antonio estiró la mano para alcanzar la suya, pero el hijo-sombra se desvaneció.

Comió con desgano. Se puso su ropa de calle y salió de casa arrastrando los pies, las arrugas, por el camino limpio de su barrio campestre. Notaba el movimiento pendular del paisaje que resultaba del balanceo de su cuerpo, de su cabeza en equilibrio sobre un cuello débil. Patos a la derecha, el lago, un ganso altivo y agresivo al lado de un árbol. La parada de bus estaba adelante, en ella esperaba una señora de cabello gris apoyada en un caminador junto a un perro de pelo dorado.

—Buenas tardes —dijo la mujer con los ojos entrecerrados.

—Buenas tardes —Antonio hizo una leve venia, luego miró al can. Era viejo, el pelo y el cuero estaban maltratados, se marcaba el cuerpo plástico debajo. Cuando se movía con rapidez para mirar algo o seguir un sonido, la piel se tardaba en ajustarse a su nueva posición, el hocico se deformaba y la boca quedaba torcida por un momento.

—Se llama Pinto —dijo la señora— Lo mandé a hacer hace más de treinta años, igual a un perro que yo tenía. Pinto, se llamaba también. Se parece bastante.

—Sí señora, se ve muy real.

—No, en la forma de ser, es igual a como era el Pinto de carne y hueso.

Por la esquina salió un autobús, "A 98". No era la ruta que necesitaba. El perro se puso alerta, ladró, e hizo una señal erguido en sus patas traseras. La anciana se despidió y el

transporte se fue en un zumbido. Pasó ahora la ruta "E5". Encontró asientos vacíos. En las filas, hombres y mujeres dormían sostenidos por sus enfermeros. Se miró las manos al asirse al asiento, la piel era como tinta que se desteñía para dejar músculos decolorados que colgaban de los huesos. «No falta mucho para que me toque andar con un enfermero», pensó. No le gustaban, por sus ojos estáticos y su superficie fría, hechos del mismo cuero y la misma carne plástica que el perro. Y la renta, claro, que era tan costosa; toda la pensión se le iría en pagar uno.

Cada vez que se bajaba de un bus el cuerpo le pesaba más. Pero disimulaba la fatiga, buscaba componerse para que Carmensita lo viera de buena energía. Carmensita, con ella nada, ella no quería nada con nadie, pero ambos disfrutaban pasando tiempo juntos. No había combinación, ella apenas por los cincuenta y él que le doblaba la edad. Era una joven hermosa, era un privilegio compartir su tiempo mientras que otros jóvenes buscaban acercársele por tan solo un minuto, eso sí, para metérsele bajo la falda.

Tocó el timbre. El perro abrió la puerta, un gran danés que todavía le producía miedo. El animal se hizo a un lado y Antonio entró a la casa en la que brillaba un aroma de flores. Se detuvo después de algunos pasos.

—¿Hola? —dijo, tras no ver a nadie.

—Ya... ya voy Toñito, esperame me arreglo un poco. —Se oyó una voz en el piso de arriba.

Antonio se sentó. Carmen comenzó a bajar por las escaleras. Con una mano se echó el cabello hacia atrás y con la manga del suéter se limpió los mocos. Tenía los ojos rojos e inflamados. Se le sentó en frente y se puso el anverso de la mano en la boca. No habló, no lo miró.

—¿Todo bien, Carmensita?

Ella alzó la vista y sacudió la cabeza.

—¿Qué te pasó?

Los ojos se le pusieron más rojos, mojados.

—Tengo... tengo un problema. —Se selló los labios con el puño.

—Te escucho.

No hubo respuesta. La mirada de ella estaba clavada en el piso, su pecho se amplió en un gran suspiro. Lo miró a los ojos, movió los labios pero se detuvo. Inhaló profundo y habló:

—Estoy... estoy embarazada.

Antonio se recostó, pensó en la sombra del niño-hombre corriendo en círculos por su cocina para después sentarse en la mesa con forma de sombra de madurez. Ahogó la imagen.

—Bueno, Carmen, pero eso se soluciona, puedes llamar a la clínica y ellos te mandan un enfermero que te hace el legrado aquí mismo.

—Yo sé, pero es que me da mucho miedo.

—Pero los legrados son cosa de todos los ...

—No, no. Me da una cosa en el pecho, una angustia que no te imaginás, honda.

—¿Tú nunca te has hecho un legrado?

—No. Siempre, toda la vida, tomé anticonceptivos. No me hice operar, sabés, porque me dan terror las cirugías, terror, terror. Y dejé de tomarlos porque ya no estaba en edad de quedar embarazada, y mirá no más.

—¿Y el individuo?

—¿Qué? No, no lo puede saber, imaginate qué vergüenza yo salirle a un tipo con que quedé embarazada de él, en estas épocas.

Antonio se imaginó al desconocido compartiendo sudor con Carmensita, recorriéndole la piel, besándola en el cuello, donde se mezclaba el olor de su piel y de su cabello; uniéndose con ella. Todo eso para lo que él ya no servía a pesar de la medicina y los implantes. Observó el contorno de su rostro, de sus hombros.

Su mente retornó a la noticia.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—No sé, pero no me voy a hacer un legrado.

—¿Entonces, lo vas a tener?

—¿Tenerlo?

—Sí. Si no te haces el legrado, esa es la única alternativa.

—No. Tiene que haber otra forma, Toño, en esta era en que todo se puede. Pero a mí que no me toquen con una cuchilla porque me muero, no soy capaz. Que me den una pastilla para que se desaparezca y ya.

Le miró el abdomen buscando que ella no lo notara. Él, en sus años de frescura, había considerado tener un hijo, mandarlo hacer sano en una incubadora de renombre. Pero entonces era muy complicado: la empresa, los viajes, las oportunidades de destacarse, de salir, de mujeres. Muy complicado.

—Sabes que eso no existe, Carmensita. Legrado, o vendré a visitarte para mirar cómo cambias pañales.

—Mirá, yo que nunca busqué tener hijos, Antonio. Una vez sí pensé en tener uno, casi me voy para una incubadora a encargarlo, pero pensé en todo lo que acarreaba, y eso que de la incubadora te lo entregan ya grandecito y te evitas la parte de los pañales y los desvelos. Pero así, ni loca, parirlo yo misma y tenerlo desde bebé, como si estuviera en el tiempo de mi bisabuela.

—Pero, no hay legrado... — Antonio sonrió suavemente. La conversación había llegado hasta allí. Ella seguiría con su terquedad nerviosa a sabiendas de lo único que podía hacerse. Ahora le cambiaría el tema, para que se distrajera y se relajara. Otro día, hablarían de eso, cuando ella, más calmada, pudiera ver lo obvio.

Se sacó el holoparqués, una botella de vino y los puso sobre la mesa de centro.

—¿Jugamos?

Hicieron varias partidas sin hablar del tema. Antonio veía el escote de Carmen ampliarse cuando ella se inclinaba para mover la ficha. Pensaba en el sujeto con el que había estado, qué afortunado, aunque nunca llegaría a saber del embarazo. Si él fuera el padre no dudaría en hacerse cargo de todo, de acompañarla, de darle un apellido al infante, así como sucedía generaciones atrás, sin importar lo complicado que fuese. Pero ella no quería. Y entonces pensó. No. Ella no pasaría por todo eso para...

—Ya no puedo más, estoy rendida de sueño.

—Sí, ya es tarde, voy a pedir un taxi.

Apagaron el parqués y sonó el timbre. Antonio se despidió con un abrazo, como siempre aplastando su cara contra el cabello de ella. Se subió a un vehículo con forma de huevo, dictó la dirección al aire y ésta apareció en el panel.

«Dirección confirmada», sonó la voz del automóvil y se puso en marcha. Antonio volvió la vista hacia la ventana. Carmen seguía allí, en su mente, aunque a través del cristal pasaran arbustos y casas. Observó el espacio que quedaba entre él y la pared del auto. Allí cabría un niño, dos en un transporte para uno, serían inseparables. Se lo llevaba del hogar de ella para el suyo, un hijo adoptivo que reemplazara la sombra de todos los días. Esa sombra... ahora lo acosaban al tiempo todos los remordimientos. Se había deshecho de la mayoría, menos de ese que estaba en donde no lo podía atrapar con las manos y sacarlo de un tirón, como la imagen en lo profundo de un lago congelado. Lo iba a perseguir hasta su día último, que no estaba lejos. Nada iba a quedar que hubiera crecido bajo sus manos, temblorosas como ramas secas.

La mañana le cobró las copas de la noche anterior. Había tomado por él y por Carmen, que había decidido no beber hasta solucionar lo del embarazo. Jaqueca, fotofobia, náuseas. Aunque recordaba haber regresado a casa sin sentir en lo más mínimo los efectos del licor.

Se levantó, sirvió jugo. Tomó pastillas para el dolor y esperó un rato en la mecedora. Cuando fue capaz de resistir la luz fue a la cocina y se puso a preparar el desayuno. La sombra se tardó un poco en aparecer, pero llegó. Corría a su alrededor, saltaba y él la seguía viendo cuando las punciones del dolor de cabeza le hacían cerrar los ojos. Pensó en comprar un perro, de una vez por todas, a ver si le espantaba un poco esa soledad de décadas y borraba esa figura sin rostro que cada vez se volvía más densa.

Pasó el día viviendo su rutina. Al final de la tarde tomó un bus y volvió a visitar a Carmen. Ella lucía tranquila, ocupada aún con documentos del trabajo. En medio de la charla, Antonio se inquietó por retomar la conversación de la víspera:

—¿Qué has pensado?

El interrogante no se relacionaba con

nada de lo que habían platicado en ese momento, pero ella comprendió.

—Nada, no he decidido.

—Ten el niño y me lo das a mí. —Cortó la respiración. No había planeado esa frase, se le había salido. No había hablado él sino la sombra. Cuando intentó disimular la idea como una broma se encontró la mirada fija de Carmen. Notó que sus manos sudaban, soltó el aire.

—¿Quieres un hijo, Toño?

Esperó un poco, luego dijo:

—Son sólo pesares que vienen a esta edad, cuando me he vuelto lento de mente y corazón. El pasado me alcanzó, muchas cosas siguieron delante mío y se perdieron, pero otras se quedaron.

—¿Por qué nunca tuviste hijos si los querías?

—Por la misma razón que todos. Era complicado, con el trabajo, los viajes, las ocupaciones. Siempre lo aplacé hasta que me volví tan viejo. Ahora no puedo ir a una incubadora, obviamente no soy elegible como padre por mi edad. Imagínate, tener un hijo para dejarlo huérfano a los dos años. Pero son jugarretas de la vejez, así como los achaques y las lagunas en la memoria, llegan en el último tramo del camino y se los lleva uno a la tumba.

—Nunca me habías dicho que te sentías solo, Toño.

—En estas semanas he sentido la soledad, no sé porqué, siempre he vivido solo.

—¿Por qué no te comprás un perro o alquilás un enfermero? Yo sé que no te gustan los robots, pero creeme que hacen buena compañía. Uno hasta habla con ellos por horas. Además, no te matés la cabeza por hijos, mirá que nadie volvió a las incubadoras desde hace años, yo misma soy la persona más joven que conozco.

—Sí, eso lo sé. Lo del perro lo pensé hoy, a lo mejor me ayude. El enfermero, nunca, aborrezco esos aparatos.

—¿Entonces, Antonio, qué vas a hacer cuando necesités asistencia?

—No sé, eutanasia antes de que me vuelva un vejete inválido... no falta mucho. Aunque te confieso que le tengo a la eutanasia

el mismo miedo que tú le tienes a las cirugías. Me da miedo sentir cómo me muero, miedo de lo que pueda ver, miedo de no quedar muerto del todo y que así me pongan en un horno y me hagan cenizas.

—Ahora me entendés, entonces.

—Sí, te entiendo en el fondo. Hay pocas alternativas.

—Sí... Respecto a lo mío, voy a averiguar si es posible una cirugía en la que me duerman antes de entrar al quirófano, que no me toque verme vestida en esa bata verde, ni ver las cuchillas y las cosas esas, ni la lámpara que le ponen encima a uno, que es como la luz que la gente ve en la muerte.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí. Pienso ir el sábado.

Carmen comenzaba a tomar decisiones. Él tal vez evitaba las suyas o sentía que aún tenía tiempo antes de ocuparse de ellas. Puso sobre la mesa de la sala una botella de vino, como era la costumbre, aunque había recordado, al sacarla de la alacena, que ella no bebería.

En la mañana sintió el veneno del licor. Dolor de cabeza y náuseas, peores que las del día anterior. El cuerpo pesaba más que de costumbre. Se sentía como sobre un puente colgante, la luz se le venía encima. Apoyado en los muros y haciéndose sombra en la cara con una mano, llegó a la cocina. Sirvió un vaso de jugo y lo puso sobre el mesón. Antes del primer sorbo apareció la sombra, más temprano que antes, más difusa, mezclada con los rayos de sol que se le filtraban por entre los dedos. Estaba inquieta, le daba vueltas y vueltas y vueltas. Acercó la mano al vaso y lo derramó, el jugo cayó en sus pies. La sombra lo rodeaba más rápido, más cerca, hasta que tropezó con él, los pies se resbalaron en el piso mojado, se deslizaron en un solo impulso del que se dio cuenta cuando sintió en el estómago el vacío de la caída. El brazo y la pelvis chocaron contra el piso, crujieron; escuchó desde dentro de su cabeza el golpe del cráneo contra la baldosa.

Sintió como si tuviera una plancha de metal al rojo vivo sobre la carne. El dolor no le dejaba gritar, el cuerpo no respondía. Logró a susurrar el comando de voz para llamar a emergencias.

No identificó la figura borrosa que tenía enfrente, pero sí su voz: Carmen. No entendía bien lo que decía... se iba y volvía, no podía abrir los ojos, no encontraba la boca, la lengua, las manos, eco, luz. Saltó entre lagunas de conciencia, unas brillantes, otras oscuras, con olores a antiséptico, a limpiador de pisos, sonidos de pasos y voces que no conocía. Volvió la voz de Carmen y la siguió, encontró un párpado, estaba pegado, encontró los pulmones, la garganta, emitió un gemido que le ayudó a encontrar la boca y llamó: "Car..me..n"

—...fuerces Toño, no te esfuerces, aquí estoy. ¿Ya me podés oír, Toño?

—Sss...iii. —Respondió desde la garganta.

—Estate tranquilo, que todo está bien y bajo control...

La voz se evaporó.

Abrió los ojos. No se sorprendió de ver las paredes blancas y los aparatos médicos. Los habría visto ya en algún momento durante su estadía en esa cama, se los habría imaginado a partir de los ecos del subconsciente. Pensaba entre una nebulosa. El dolor aumentaba en punciones que le cubrían todo el lado derecho del cuerpo, sabía que aumentaría a la par con la lucidez. Pasó un rato hasta que los sonidos se hicieron distinguibles, las sondas intravenosas, los timbres, el aroma a tela limpia. Las paredes de la habitación se veían oblicuas hacia afuera y luego se inclinaban hacia adentro. Afuera, adentro. Náuseas. Pudo girar un poco la cabeza para ver el brazo envuelto en plástico blanco.

La puerta se abrió, ondeó y una figura gelatinosa se acercó hasta que tomó consistencia, junto con sus alrededores.

—Señor Castaño, soy el doctor Edgar Kafarela. ¿Cómo se siente?

Se tomó un momento para observar la cara morena y mejillas infladas, aradas de arrugas profundas; una papada contenida por el cuello de la bata blanca. Hablar le tomó toda la fuerza que tenía:

—Dolor.

—¿Sabe por qué está aquí, señor Castaño?

—... Caí.

—¿Recuerda algo desde entonces?

—... No

—Bueno. Está fuera de peligro, se va a poner mejor. Está en la clínica Antury, lleva aquí tres días. Se resbaló en su casa, se fracturó la articulación del codo y el húmero del brazo derecho. También la cadera. Tuvo una contusión en la cabeza que le hizo perder la conciencia pero que por suerte no representa ningún peligro. Fue afortunado. Debe estar tranquilo, está en buenas manos.

Antonio soltó un suspiro de resignación. Sabía esperar, era una cualidad alcanzada desde su centenario. El doctor revisó sus pupilas, la boca, la lengua, las pantallas junto a la cama. Le puso una mano en el hombro izquierdo y le dijo que volvería en un rato.

Intentó dormir un poco, pero el dolor no se lo permitía. Pasaron horas, tal vez en realidad un momento corto, y por la puerta entró un enfermero, cabeza redonda, brillante, ojos azules.

—Buenas tardes señor Castaño, ¿cómo se encuentra usted? Me alegra que haya desp ...

La voz era tan natural, pero ese rostro inexpresivo la tornaba artificiosa. ¿Cómo dejarse tocar de esas manos huesudas, sin temperatura? Deseó que el aparato hiciera rápido lo que debía hacer y que se fuera, quería descansar.

—... éstico.

—¿Eh?

—El medicamento que estoy poniendo en su suero es un analgésico, señor Castaño. ¿Se encuentra usted cómodo? ¿Necesita ajustar su posición?

—No, gracias.

«Gracias», formalidad inmerecida. El robot asintió

—Ha sido un gusto, señor Castaño, nos veremos más tarde para la inspección de rutina. Recuerde, mi nombre es Eugenio.

El esqueleto plástico se marchó. Carmensita, ¿dónde estaría? Ella se había enterado de su accidente, había estado ahí, pero no sabía cuándo, si en la mañana o hace

dos días. Estaba seguro de que pronto se comunicaría o vendría a visitarlo.

Durmió. Le despertó de nuevo el sonido del enfermero al abrir la puerta y su voz impostada:

—Hola, señor Castaño. Vengo a hacer la inspección de rutina, puede seguir descansando si lo desea.

El aparato se paró frente a él y lo miró fijamente. Antonio supo que estaba registrando cada detalle de sus movimientos, su frecuencia cardíaca, respiración, la reacción de los músculos de su cara, sus párpados.

—Señor Castaño, su buzón aún tiene mensajes pendientes. ¿Quisiera verlos ahora?

¿Tenía buzón allí en el cuarto? No lo sabía, tal vez el robot lo había mencionado cuando él lo ignoró en la visita anterior.

—Sí.

Sobre su abdomen se proyectó un holograma de Carmen con mensajes de aliento. Decía que había ido a visitarlo pero todavía no estaba despierto, que estaba pendiente de él, que tenía que atender unos asuntos de los cuales le hablaría luego. El último mensaje le hizo sentir mejor:

«Hola Toñito, sé que ya te despertaste, la clínica me lo informó. Qué bueno, Toñito, qué bueno. Yo estaba muy preocupada por vos pero me tranquiliza saber que despertaste. Perdoname que no vaya hoy, tengo una situación... bueno, después te la cuento. Pero mañana llego temprano a la clínica, Toño, me voy a volar del trabajo un rato. Sí, así como oís, Yo, Carmen Linares, me voy a volar del trabajo, pero vos lo valés. Hasta mañana, un beso.»

La jornada se sintió igual que cualquier día solo en la casa, salvo que estaba el dolor y la presencia desagradable del robot. Había música, holovideo, el doctor vino sólo una vez pero no dio espacio para una conversación. Las sombras que se proyectaban bajo la puerta de la habitación le recordaron a aquella que lo seguía, esa sombra que no se había hecho presente en toda su estancia en el hospital. A lo mejor se había marchado del todo después de su venganza por no haberla engendrado. Esperó que apareciera en la noche, como a veces lo hacía en casa, marcándose contra las luces del pasillo. Pero

no lo hizo.

—Señor Castaño, tiene visita. Señor Castaño...

Entreabrió los ojos y distinguió la silueta azulada del enfermero y, tras ella, la silueta cuya contorno de cabello era inconfundible.

—Hola Toño. —Carmen se acercó y lo besó en la frente. Posó una mano tibia en su cabello. Antonio deseó que ese beso hubiera durado más, la calidez y humedad se enfriaron rápidamente.

—Carmensita. —Sonrió. Con la mano que tenía libre buscó la de ella y la apretó.

—¿Cómo te sentís, Toñito?

—Como una mierda. —La risa brotó y sus ondas alejaron el dolor. Carmen también rió y se borró toda la historia de la zancadilla etérea, los huesos rotos, el olor antiséptico, el enfermero aborrecible. El momento pareció durar lo mismo que un día de sol. Ella lo abrazó.

—Sos un amor.

—No hacía falta sino que vinieras para aliviarme. De haberte visto antes estaríamos jugando parques y bebiéndonos un buen vino.

—Tenés que tomártelo con calma y darle tiempo a la recuperación. ¿El doctor te ha dicho algo?

—No, a mí nada. ¿A ti te ha dicho algo?

Ella lo miró fijo y respiró profundo. Estaba pálida, pero no por la luz blanca de la habitación. Notó sus ojeras profundas, su semblante enfermo.

—Uhm... sí, vengo de hablar con él. Me dice que la recuperación del brazo va a ser muy lenta, que por tu edad es difícil. El trauma de la cabeza no es de consideración, tuviste mucha suerte. También... —se aclaró la garganta —que no hay nada que hacer respecto a la fractura en la cadera. Que lo más recomendable es... —Comenzó a sollozar

—Pero, ¿y con cirugía? ¿Hay prótesis o algo que se pueda hacer?

—No. El doctor dice que la cirugía no es viable, si te la hacen lo más posible es que no la podás resistir y no salgás de ella. Y si salís, el

hueso no va a soportar tu propio peso incluso si suelda del todo.

Buscó mantenerse tranquilo, analizó brevemente en busca de alternativas. Ninguna en lo inmediato, sólo la silla de ruedas y... La proyección del odiado futuro próximo, con su cuerpo inutilizado, alimentado por una mano plástica, se deslizó hacia el presente y se acostó sobre él, le hizo peso, le gritó que se iba a quedar pegado a una silla, desde hoy, con Carmen sosteniéndole la mano.

No habló. Ella pareció respetar su momento de aceptación y le acarició el cabello. El llanto había acentuado el marfil en su piel y las bolsas en sus ojos.

—Tú, ¿qué tienes, Carmen? ¿Todo bien?

De nuevo se quedó observándolo, había más. ¡Más! No imaginó qué otro estrago le habría traído su caída.

—Mejor luego hablamos de eso.

—¿De qué se trata? ¿Qué otros daños hay?

—No hay nada más con vos, Antonio, ya te lo dije todo. Queda lo mío, pero no es serio, después te lo cuento.

—No, yo quiero saber ya.

Ella guardó silencio unos minutos. En su malestar, bajo ese dolor que la emblanquecía, la tranquilidad brotaba y derretía como a cera la capa de sufrimiento de su rostro.

—En la mañana siguiente a tu caída me desperté manchada en sangre. Me fui corriendo para el médico y me dijo que era un aborto espontáneo. Me dijo que debía realizarme un legrado cuanto antes. No sé de donde saqué fuerzas, Toño, y le pedí que me durmiera allí, antes de que me vistieran de bata y me ingresaran al quirófano. Ahí en el consultorio me dieron una pastilla y después me desperté con un dolor en las entrañas que no te imaginás, un hielo afilado en el vientre. Cuando caí en cuenta de que me encontraba en una sala de recuperación, supe que ya estaba. Lloré de tranquilidad, sé que suena absurdo, pero eso hice. Si me ves pálida es por eso, pero por dentro estoy bien, tranquila.

La puerta se abrió y entró el médico de la gran papada. Después de saludar se paró junto a la cama.

—Señor Castaño, supongo que su compañera le habrá informado los detalles de su actual condición médica.

Antonio miró a Carmen y luego al médico.

—Sí, me dijo que... que no hay nada que hacer con la cadera.

—Así es, señor Castaño. Dado que usted tendrá condiciones reducidas de movilidad mi recomendación sería acceder a un servicio de enfermería en casa, las veinticuatro horas.

Antonio exhaló. Nada más que manos plásticas para cuidarle. El doctor aguardó un momento, luego prosiguió:

—Tómese su tiempo para tomar la decisión, pero yo le recomiendo que rente un enfermero. En la sala de información le darán los datos de agencias de excelente calidad. Mientras tanto, usted deberá permanecer en el hospital al menos seis días más antes de darle de alta. ¿Tiene usted alguna pregunta?

Antonio sacudió la cabeza. El doctor se marchó.

Los ojos de Carmen brillaban. Sabía que ella se abstenía de ese «¿qué vas a hacer?», pero ahí estaba la pregunta, contenida en sus pupilas.

—Necesito pensarlo. —Dijo.

—Los robots no son así de terribles como pensás. Te van a servir de ayuda.

—No voy a poder ni siquiera lavarme el cuerpo. No quiero que un robot lo haga, ni que esté en mi cuarto por las noches. No quiero comer de la comida insípida que hacen, no tienen sazón los juguetes esos.

—Podés buscarte uno con apariencia más humana, una linda chica.

—No, quiero terminar mi ciclo dignamente, no con una máquina dándome de beber. He durado más de la cuenta.

—No digás bobadas, Antonio, ¿porque si no con quién voy a jugar al parqués? Ya me tengo que ir para el trabajo, pero prométeme que lo vas a pensar, lo del robot. Hacerlo por mí y no te apresurés. ¿Vale?

—Está bien. —Respondió sin creérselo.

Carmen salió del cuarto.

Pensó si tenía sentido alargarse el sufrimiento si justo detrás suyo venían todas las demás personas hacia el mismo fin. Notó la sombra del niño-hombre a la cabecera de su cama. De haber recordado cómo lucían unas facciones juveniles, a lo mejor la sombra asumiría un rostro, a lo mejor lo perdonaría por nunca haberle hecho real. Pero la última vez que vio la cara de un chico fue décadas atrás, el recuerdo se encontraba refundido en los rincones de su memoria que estaban más llenos de imaginaciones que de vivencias.

—¿Y tú qué piensas?

La sombra no respondió. Seguía inmóvil, guardándolo.

—Mira lo que hiciste de mí, niño. Ahora soy un viejo inútil. ¿Eso era lo que querías? ¿Adelantar mi muerte?

El niño-hombre insistió en su silencio. Se disolvió y reapareció a un lado de la cama, junto a su pecho. Antonio no se giró, creyó oírlo respirar pero se dio cuenta de que oía su propia respiración. La sombra se desplazó hacia la puerta y se evaporó. Además del futuro también se le iba el pasado. Quedaba el filo del presente, rodeado de vacío. Inestable, Antonio se sostenía sin ganas. Carmensita pensaría en él y luego se ocuparía en su trabajo, encontraría qué hacer en las horas del parqués.

Morir de felicidad

Rafael Caballero Roldán

Junio de 1952. A Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, viejo y cansado, le cuesta cada vez más atender sus responsabilidades de presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética.

Ahora está repasando futuros proyectos científicos a los que debe dar su aprobación. Uno de ellos llama su atención. Un grupo de científicos de una alejada república ha presentado un proyecto para viajar en el tiempo. Consulta al comité de asesores científicos, y todos le indican que es un proyecto absurdo, sin sólida base científica, y además carísimo. De hecho no debería haber llegado a su mesa, había sido rechazado pero de alguna manera se ha traspapelado. Ante la extrañeza de los asesores, el presidente decide apoyar el proyecto, de hecho darle la máxima prioridad.

Tiene dos razones para creer en este aparentemente absurdo proyecto. La primera es que en el memorándum ha tropezado con una frase que hace que le recorra un escalofrío por la espalda: "el pasado y el futuro nos rodean, y son tan reales como el ahora". Y es que eso es justo lo que él siente en los últimos meses. El presente le parece cada vez más un sueño borroso, mientras el pasado le envuelve hasta convertirse en lo único real. Más que recordar, revive constantemente las continuas palizas de su padre alcohólico, sus primeros sueños revolucionarios y su paso a la clandestinidad, donde adoptó el apodo de Stalin que ya lo acompañaría siempre, su ascenso al poder, la segunda guerra mundial...todo parecían piezas de un puzzle que ahora encaja a la perfección. Y no es que mire su trayectoria con complacencia. Nunca ha sido indulgente con nadie, y menos con él mismo. Sabe perfectamente que sus principios idealistas de liberar al pueblo Ruso pronto se tornaron en ansia de poder, y una vez alcanzado el poder en miedo a perderlo. Ahora, siente que le queda poco y solo tiene una preocupación, saber si su legado

sobrevivirá. Esta es la segunda y principal razón. Estos científicos le dan la oportunidad de saber si la Unión Soviética será eterna, como le aseguran sus camaradas.

Hitler también creía que el Tercer Reich duraría mil años. Claro que Hitler era un loco, movido por el odio y los complejos, como mostró atacando a la gran Unión Soviética. Tenía sueños y ambición, pero no sabía cómo llevarlos a cabo. Stalin sí sabe cómo lograr un reino de mil años. No se trata de invadir otros países, se trata de controlar el tuyo. Control, esa es la clave. Todo habitante de la Unión Soviética, desde el último campesino hasta los más insignes miembros del Comité Central, se sabe vigilado. Los vigilantes se saben vigilados. Tras la primera Gran Purga, la gente tenía miedo de hablar. Ahora, Stalin se siente orgulloso de ello, todos tienen miedo de pensar. Pero ¿durará este control cuando él no esté? El proyecto descabellado del viaje al futuro es la única posibilidad de contestar a esta pregunta, y Stalin se aferra a ella con todas sus fuerzas.

Una habitación blanca, con una pared cubierta por una gran cristalera. Diciembre de 1952. Han pasado 6 meses, el tiempo concedido a los científicos para probar su teoría. Hoy es el primer experimento, y muchos miembros del Comité Central incluyendo, nada menos, que al propio Stalin, están presentes, mirando con atención desde el otro lado de la cristalera. Los científicos están aterrorizados. La cantidad de energía necesaria para el experimento es tan enorme que no han podido probarlo antes. Saben lo que les espera si fracasan. Uno de los científicos, muy azorado, se atreve a pedir al propio Stalin que estampe su firma en un trozo de papel. Stalin desconfía, la sana costumbre que le ha mantenido en el poder tanto tiempo. Finalmente, no viendo peligro alguno, accede. Sitúan el papel firmado en el centro de la habitación blanca. Llegado el momento, comienza el experimento. De repente, el papel desaparece sin más. Los científicos parecen relajarse un poco.

—El papel está ahora mismo dos minutos en el futuro, en 30 segundos lo haremos volver —dice el que parece ser el director del proyecto.

En efecto, a los 30 segundos pulsan unos

botones y el papel reaparece en el mismo lugar. Uno de los científicos se apresura a entrar en la habitación, lo recoge y lo saca fuera, depositándola sobre una mesa. Nadie dice nada. Al minuto y medio, dos minutos exactos desde el comienzo del experimento, en la habitación vacía aparece un nuevo papel. El mismo científico entra en la sala, recoge el segundo pedazo de papel, lo saca y lo sitúa al lado del primero. Parecen idénticos. El propio Stalin se levanta a observar ambos trozos de papel. Mientras lo está haciendo, de repente, uno de los trozos, el que ha sido sacado en segundo lugar, desaparece.

El director del proyecto, disimulando su entusiasmo, explica que el principio fundamental es que la masa total se ha conservado al acabar los dos minutos y medio. Es decir, el principio de conservación de la masa se sigue aplicando, pero para periodos suficientemente amplios de tiempo. También explica que el viaje solo se puede hacer en el sentido que han visto: primero al futuro y luego el mismo objeto de vuelta al presente. Esto explica porqué nadie del futuro nos está visitando, solo sería posible si antes hubiera hecho el viaje a la inversa.

En realidad ninguno de los miembros del Comité Central allí sentados está escuchando. Casi todos creen que acaban de presenciar un vulgar truco de magia, que los científicos tratando de salvar su cabeza han preparado de antemano un segundo trozo de papel con una firma falsa, o incluso han logrado de algún documento oficial una segunda firma verdadera para escenificar un falso viaje al futuro.

Solo uno de los miembros del Comité piensa que ha visto algo prodigioso. Stalin ha sospechado desde el primer momento el truco de las dos firmas. Por eso, en lugar de firmar con su nombre ha utilizado uno de sus alias, "Soselo", el que utiliza en sus poemas. Y ambos pedazos de papel mostraban ese nombre.

Se tarda un mes en preparar el segundo experimento y ya estamos en el año 1953. Esta vez, todo ha sido supervisado directamente por Stalin. Una cámara de gran calidad, con grabador de sonido, está preparada para viajar al año 2050. La habitación está ahora en una carpa en pleno centro de la plaza roja, rodeada por el ejército. La idea es obtener imágenes de

la plaza en el futuro para determinar si el espíritu de la Unión Soviética sigue vivo. Tal y como los científicos le han explicado a Stalin, el coste en energía es proporcional al peso del objeto a enviar, a la distancia temporal y al tiempo que el objeto deba permanecer en el futuro. Enviar una cámara de 20 kilos al 2050 durante 20 minutos significa un apagón en Moscú durante esos 20 minutos, pero a Stalin no parece importarle.

Todo se desarrolla con normalidad, la cámara desaparece y vuelve a los 20 minutos. Stalin nervioso solicita ver la grabación de inmediato, en privado. La imagen empieza mostrando una plaza roja no demasiado distinta a como es ahora. Al fondo lo que parecen ser coches del futuro. Cuando aún no ha transcurrido un minuto de repente la imagen se vuelve negra. Parece que alguien ha puesto una tela por delante, o ha cubierto la cámara en una bolsa. La meten en lo que por el ruido parece ser el maletero de un vehículo. El resto de los 20 minutos solo se oye el ruido muy apagado del motor del mismo vehículo avanzando quién sabe a dónde.

Stalin está furioso, no le importa si ha sido un ladrón, o quizás la misma policía del futuro que vigila la plaza, el caso es que su pregunta sigue sin respuesta. Cuando propone un tercer experimento a los científicos estos se quedan sin habla.

—¡Camarada presidente...no podemos enviarle a Vd. al futuro!

Stalin insiste. Quiere pasar 3 horas en el año 2050, verlo todo con sus propios ojos. Por fin los científicos consiguen convencerle de que para enviar el peso del camarada presidente al 2050 durante 3 horas haría falta más energía de la que dispone el país entero. Stalin les pide que calculen lo más lejos que le pueden enviar. Resulta ser el año 2015, un máximo de 2 horas, y eso a costa de un apagón que afectará a la mayor parte del país. Stalin insiste en hacer el viaje. Los científicos no pueden informar a nadie, bajo pena de muerte. Lo que Stalin teme es en primer lugar que sus más allegados se escandalicen por el riesgo de tamaño viaje, pero sobre todo que aprovechen para impedir que vuelva. Siempre cauto, les promete a los científicos fondos ilimitados...a la vuelta.

La noche del 28 de febrero de 1953 todo

está listo. Stalin ha logrado que los ingenieros logren un suministro de energía no visto hasta entonces en un tiempo record. Ni los miembros del comité más cercanos al presidente saben qué pretende trasladar al futuro esta vez, solo que nadie excepto los científicos y él mismo pueden asistir. Nadie se imagina ni por lo más remoto que el objeto enviado sea el propio Stalin.

Ante la sorpresa de los científicos, Stalin se quita el bigote, que resulta ser postizo. Lo lleva para en caso de peligro quitárselo y pasar desapercibido. Y eso es lo que intenta hacer ahora. No sabe qué ropa se llevará en 2015, pero imagina que un abrigo largo con botas nunca llamará la atención. Se sitúa en el lugar indicado por los científicos. Aunque intenta disimularlo, está temblando, a medias arrepentido de haberse puesto en esta situación peligrosa y absurda.

Pero la curiosidad y el orgullo son más fuertes y da la orden de comenzar. Lo único que observa es que la carpa y la habitación de repente han desaparecido. Ninguna sensación extraña. La plaza está igual, pero a la vez cambiada. Esa bandera allí...se teme lo peor. Mucha gente, con ropas absurdas, pasa por su lado sin mirarle. Los coches llaman su atención, pero sabe que no tiene tiempo que perder y pone en marcha la historia que ha ideado. Para a un joven que pasa por su lado.

—Disculpe, camarada —empieza.

—¿Sí? —El joven no parece dispuesto a detenerse, pero tampoco a negar ayuda a un anciano, aunque le mira extrañado, no sabe si por la ropa o por la palabra "camarada".

—Verá joven, es que tengo un problema de memoria y a veces me desoriento.

—¿Quiere que llame a la policía ? —ofrece el joven— Ellos le ayudarán a regresar a casa.

—No, no se preocupe —Stalin intenta aparentar normalidad, no querría acabar interrogado por la policía...sobre todo si es parecida a la que él dirige— Sé dónde está mi casa. Pierdo la memoria sobre todo para los hechos históricos. El médico me ha recomendado que hable con desconocidos que me la refresquen, al parecer hace más efecto que hablar con la familia —Stalin intenta poner cara de anciano desvalido, pero

el papel le viene grande, y solo consigue parecer completamente loco.

—La verdad es que tengo prisa...

El joven empieza alejarse, pero Stalin no puede perder la oportunidad.

—Por favor, solo un par de preguntas.

—Dispare —dice el joven con impaciencia.

—¿Cómo? —Stalin está perplejo, nunca le ha pedido nadie que le dispare, aunque lo haya hecho con varios millones que no se lo han pedido.

—Qué pregunte —aclara el joven.

—Bien, lo primero, ¿cómo se llama el presidente de la Unión?

—La Unión desapareció en 1991 —dijo el joven con una sonrisa— Está Vd. En Rusia.

Stalin tuvo que sentarse en el bordillo de la acera. Lo que tanto se temía había sucedido. El joven se sentó a su lado.

—¿Está bien?

—Sí, pero dígame, ¿que ha sido del Partido Comunista?

—Sigue existiendo, le votan muchos de su edad —ríe el joven.

—¿El partido sigue el legado de Stalin? —pregunta finalmente con un hilo de voz.

—El legado de Stalin fue millones de víctimas inocentes. Incluso los comunistas reniegan de él. Nadie defiende ni a Hitler ni a Stalin, los grandes genocidas del siglo XX.

Stalin se siente desfallecer. Todo para nada, no habían entendido. ¿Si a la vuelta trabaja duro aún puede cambiar el futuro? ¿Qué le han dicho los científicos? No lo recuerda. Siente frío en su mejilla. Una lágrima, la primera desde su niñez. Y a la vez una extraña opresión en el corazón. El joven, mientras tanto, maneja un extraño aparatito con pantalla en el que se aparecían letras sin parar.

—Es un teléfono móvil —dice cuando nota que el viejo le mira con interés.

—¿Teléfono? ¿Sin hilos? —A pesar de sentirse hundido, Stalin no logra abandonar sus costumbres, y está pensando en cómo podrá un gobierno controlar a la gente si

pueden hablar en cualquier momento y desde cualquier lugar. Los micrófonos ocultos en la casa pierden toda su eficacia. El joven interrumpe sus pensamientos.

—Sí funcionan sin hilos, envían la señal a un satélite, un aparato que gira alrededor de la tierra a mucha altura, y que reenvía la señal a la persona con la que quieres hablar.

—Una centralita volante —dice el viejo. El concepto de satélite no le sorprende porque él mismo ha aprobado investigaciones en ese sentido dirigidas por Serguéi Koroliov, pero lo de que los teléfonos usen estos aparatos le sorprende. Seguro que se pueden grabar todas las conversaciones en el propio satélite para luego escucharlas...ya no hace falta poner micrófonos en las casas porque el satélite es el micrófono universal. Brillante. El joven continúa hablando.

—Sí pero no solo se llama por teléfono, también sirve para enviar mensajes escritos.

—Maravilloso —dijo Stalin. Y no miente. Controlar las llamadas exige una gran cantidad de esfuerzo, personas escuchando cada conversación y apuntando lo importante. Sin embargo la correspondencia escrita es estupenda, se lee rápido y se localiza antes cada posible conspiración.

—E incluso para decirte dónde estás —sigue el joven, al parecer divertido por la cara de asombro del anciano.

—¿Perdón? ¿Cómo? —demasiadas cosas nuevas que entender, y el dolor en el pecho que no se va.

—El teléfono te puede decir tus coordenadas.

—Qué también pasan por el satélite —añade Stalin.

—Sí, pueden enviarse también —contesta el joven.

—Una cosa más —pregunta Stalin— entiendo el teléfono sin hilos, pero ¿sin corriente eléctrica?

—Sí que usan corriente, una batería, todas las noches recargo el mío.

El dolor en el pecho es ahora un calor agradable que inunda todo el cuerpo. Por fin ha comprendido. Ya no hace falta Unión Soviética ni partido comunista. La información

no se obtiene poniendo micrófonos ni vigilando con prismáticos. Cada ciudadano es el vigilante de sí mismo. Lo hace de forma voluntaria y alegre, diciendo al gobierno dónde se encuentra en cada momento, escribiendo él mismo lo que piensa o lo que va a hacer. Incluso asegurándose de que la batería nunca se apague para asegurar la transmisión continua de la información. Sin purgas ni torturas, toda la información de todo el mundo y todo el rato. Estaba equivocado. Su legado ha triunfado. El viaje al futuro ha merecido la pena.

Poco después un médico forense y su joven ayudante examinan al mendigo sin papeles tirado en el suelo de la plaza roja, muerto con una extraña sonrisa en la boca. Antes de meterle en la camilla le quitan las botas, y al hacerlo se salen los calcetines.

—Fíjate, Andrei, qué curioso, tiene una membrana entre el segundo y el tercer dedo del pie izquierdo, igual que le sucedía a Stalin —menciona el médico.

—Sí, y ahora que lo dice, hasta se parece de cara, solo que sin bigote —ríe el ayudante— ¿Qué edad tendría ahora?

—¿El Stalin verdadero? más de 130 años, creo.

—Pues creo que si viviera no le gustaría ver en lo que se ha convertido su amada Unión Soviética —añade Andrei.

Suena el teléfono en el bolsillo del doctor. Es un mensaje de su mujer “El localizador de tu móvil me indica que estás en la plaza. ¿Bebiendo otra vez? Te recuerdo que tenemos cena en media hora en casa de mis padres, acaba ya”. Antes de contestar al mensaje, el doctor sonrío a su ayudante y dice, meneando, la cabeza:

—Nunca se sabe, Andrei, nunca se sabe.



Érase un hombre a un móvil pegado

Ismael Rodríguez Laguna

—¡Hola, Leo! Te llamo desde mi nuevo móvil. Me he comprado un implantado.

—¿Eres... Fran? Vaya... ¡Hola...! ¡Hola, Fran! Así que... ¿un implantado? ¿En serio? ¿Has dejado que te operen los oídos internos? ¿Y qué tal? ¿Merece la pena?

—¡Desde luego! Ahora estoy hablando contigo sin llevar nada encima, simplemente te oigo dentro de mis oídos. Si quiero llamar a alguien, sólo tengo que decirlo. Cómodo, ¿verdad? Al estar en los dos oídos, tiene sonido estéreo. Incluso puedo tener dos conversaciones a la vez, oyendo el sonido de cada conversación por un oído. Genial para un tipo ajetreado como yo, ¿verdad?

—Ya... ¿y qué tal llevas eso de tener que oír anuncios cada hora, quieras o no? La mayoría llevan contratos de ese tipo, ¿no?

—Pero no el mío, yo tengo un móvil premium. Mis inversiones de los últimos años han ido bien, así que puedo permitírmelo de sobra. Sólo oigo lo que quiero oír.

—Genial. Oye, hablamos en otro momento, que tengo lío.

—Vale, pero me llamas, ¿eh? No hagas como la semana pasada, que esperé tu llamada durante todo el fin de semana... ¡Bueno... hasta luego! ¡Colgar!

—¿Berta? Hola, soy Fran.

—Hola, Fran. ¿Qué quieres?

—Verás, he pensado que podría invitarte a cenar, si quieres.

—¿Me estás invitando a salir? Vaya, esto es muy incómodo. Eres mi jefe, esto... incluso podría considerarse acoso.

—¿Entonces no...?

—Si mi puesto de trabajo no depende de ello, preferiría no tener una cita contigo.

—Entiendo... Perdona por...

—Hasta mañana, Fran.

—Hasta mañana. ¡Colgar!

—¿Hola?

—Hola, soy tu conciencia. Pero puedes llamarme Con.

—¿Qué? ¿Oiga, por quién pregunta?

—Fran, quiero hablar contigo.

—¿Quién eres tú?

—Te lo acabo de decir, soy tu conciencia.

—No tengo tiempo para tonterías, buenas tardes. ¡Colgar!

—Es inútil, seguiré en tu mente como tu conciencia.

—¡Colgar!

—Creo que no lo entiendes.

—¡Colgar!

—No puedes echarme de tu cabeza. Verás, soy un hacker que ha tomado el control remoto sobre el teléfono implantado en tus oídos. A partir de ahora, me oirás siempre que yo quiera. Eso es lo bueno de que no puedas quitarte el móvil de los oídos, al ser parte de ellos, ¿verdad?

—¡Apagar!

—Lo siento, eso ahora no funciona. También tengo el control sobre el apagado y encendido remoto de tu móvil.

—¿Qué...? ¿Qué quieres?

—Bueno, Fran, creo que eres un hábil corredor de bolsa. Ganas millones al año, ¿no es verdad, Fran? Yo sólo quiero una parte. Sólo quiero que me pagues un impuesto por dejar de oírme a mí, a Con, tu conciencia. Sé que llevabas años sin escuchar a tu conciencia, sin dejar de ganar un solo céntimo por su culpa, ¿verdad? Pues ha llegado el momento de que escuches a tu conciencia y pagues.

Silencio.

—¿Qué pasa, Fran? ¿No dices nada? Oigo cómo andas por la calle. ¿A dónde vas?

Silencio.

Suena el coro de la novena sinfonía de Beethoven a un volumen atronador durante tres minutos.

Silencio.

—Ah... aahhh... aaaah...

—Vaya, Fran, perdóname... Había olvidado decirte que es mala idea que te alejes de una zona con cobertura. Entiendo que se te haya ocurrido meterte en el metro para dejar de oírme, nunca te ha gustado escuchar a tu conciencia. Pero he programado tu móvil para que, cada vez que esté fuera de cobertura, cada vez que quieras dejar de oírme, oigas aquella bonita melodía en un bucle sin fin hasta que vuelvas a tener cobertura. Sí, puede que esté un poquito alta. Claro, puede que ahora te sangren un poco los oídos. Sólo espero que esto te sirva para admitirme, para admitir a Con, tu conciencia. Fran, ¡no me rechaces! ¡Acéptame como parte de tu vida y serás más feliz, Fran! No hagas más tonterías. No te metas en el metro. No te pierdas en el monte. No te pongas un casco dissipador de señal sobre la cabeza. Simplemente, admíteme en tu seno.

—Malnacido pa... patético anor... mal...

Vuelve a sonar la novena durante un minuto.

—Aaaaah...

—Un poco de respeto, Fran. Yo no te he llamado pedazo de hijo de la gran puta ni nada parecido, yo soy un caballero. Seamos caballeros, Fran. A partir de hora, simplemente llámame Con. ¡No olvidemos que soy tu conciencia!

—Mal... dito... Con.

—Afronta tu situación, Fran. Podrías ir a pedir que te extirpasen el teléfono... junto con los oídos internos con los que los fusionaron en la operación. Mantener tu sentido del oído bien merece el pago de una pequeña suma, ¿no, Fran? Recuerda que la energía de tu propio cuerpo mantiene funcionando tu móvil, así que simplemente no se apagará mientras vivas. Puedes ir a la compañía telefónica para que traten de echarme pero, sinceramente, ¿crees que les será fácil, teniendo en cuenta lo fácil que me ha resultado a mí echarles a ellos?

—¿Cu... cuánto dinero quieres exactamente?

—Ahora es cuando empezamos a entendernos.

—Ya te he hecho el ingreso. Te he pagado muchísimo dinero. ¿Me dejarás en paz ahora?

—Bueno... A partir de ahora, me gustaría que compartieras conmigo un porcentaje de tus ganancias.

—¿Qué?

—¡Buenos días, Francisco! Ah, perdona, no había visto que estás hablando por el móvil.

—Fran, dile a ese tipo que estás hablando, no dejes que nos interrumpa.

—No puedo... Con. Es el presidente de mi firma de inversión, espera... Sí, dime, Adolfo.

—Francisco, iré al grano... Infosupercom ha registrado una patente muy importante, les va a dar millones. Me lo ha dicho un tipo que me debía un favor. Es una empresa pequeña, así que la revalorización porcentual será brutal. Mete dinero de todos los fondos allí, ¡ahora mismo!

—Vale, Adolfo.

—Ummmm... ¡Interesante noticia, Fran!

—Te veo luego, Francisco.

—¿Volvemos a estar solos, Fran?

—Sí.

—Como íbamos diciendo...

Suena la novena sinfonía durante una hora.

—Aaaah...aahhhh...

—Eres un maldito hijo de puta, Fran. ¡Me la has jugado!

—Aaaaah...

—Infosupercom es una empresa pequeña... Así que, si se me ocurría comprar acciones de Infosupercom con todo el dinero que te había acabado de sacar a ti, entonces desencadenaría yo solito, con mi enorme volumen de compra, un aumento puntual en el precio de las acciones de Infosupercom. Claro, antes de hacer ese paripé con tu supuesto jefe, antes de tener esa conversación de mentira para que yo la oyera, tú habías

comprado acciones de esa empresa a un precio irrisorio, ¿verdad? Tu compra previa vino seguida de mi compra masiva posterior así que, ante el mercado, yo di credibilidad al aumento de precio que acababas de iniciar tímidamente tú. Yo disparé definitivamente el precio de la acción. Y entonces, de repente, tú vendiste todas tus acciones a un precio mucho mayor, provocando una reacción en cadena que hizo retroceder el precio de la acción hasta el valor anterior a tu compra, haciéndome perder millones mientras tú recuperabas, con tu jugada, el dinero que me habías ingresado anteriormente para que te dejara en paz.

—Aaaah...

—¡Eh, ese hombre está sangrando por el oído! ¡Oiga! ¿Necesita ayuda?

—¡Que alguien llame a un médico!

—¿Pensaste que soy gilipollas, Fran? Si vuelves a jugármela, te dejaré un día entero con la sinfonía. Para empezar, ¡quiero mi dinero! Con lo que has ganado con aquella espiral alcista del precio de las acciones de Infosupercom, que yo mismo desencadené al comprar tantas acciones, seguro que has recuperado todo lo que me diste. Así que puedes volver a pagármelo íntegramente ahora mismo. ¡Lo quiero en una hora!

—Fran, no me estás ganando dinero últimamente, ¿qué te pasa? Así no me vas a hacer más rico.

—Eso tendría cierta gracia si no fuera real... Verás, Con, me has roto el tímpano varias veces, sufro jaquecas constantes, no logro dormir por las noches y no me concentro durante el día. ¿Esperas que rinda en el trabajo? Además, ¿para qué ganar más dinero, si te lo vas a llevar todo tú? No me das nada a cambio de tu... comisión.

—Entiendo. Es verdad, mereces algo a cambio.

Silencio.

—Qué demonios, por supuesto que mereces algo, Fran. En adelante, me ocuparé de que seas más feliz. Sólo así podré conseguir que seas eficiente en el trabajo y así me hagas ganar más dinero a mí.

—¿Hacerme feliz? ¿El hacker que ha

convertido mi vida en un infierno me va a hacer feliz? ¿Y cómo vas a hacerlo, si puede saberse?

—Fran, llevo un tiempo escuchando todo lo que escuchas, y sé que eres un tipo solitario con nulas habilidades sociales que echa de menos tener amigos y una mujer. ¿No es así, Fran?

Silencio.

—Sólo piensas en tu trabajo y tu dinero, Fran, pero no se te da bien la gente. Te voy a ayudar a que deje de ser así.

—Y estas son las llaves de mi Porsche.

—Fran, vas mal. Si quieres tener amigos, ¡deja de parecer un chulo constantemente! Oye, por una vez, habla de algo que le guste a este tipo, ¿ok? ¿Por qué no empiezas preguntándole por su familia, a ver a dónde nos lleva?

—Y... ¿qué tal tus niños?

—Bueno... vamos tirando. Intenté llevármelos a hacer senderismo el fin de semana pasado, pero no hubo manera.

—¿Has visto, Fran? Ya conocemos una afición suya. Dile que tú sueles ir al monte una vez al mes.

Silencio.

—¡Da igual que sea mentira, Fran! Vamos, yo te guío.

—Y así es como los grandes inversores con información privilegiada ganamos dinero a base de los inversores particulares palurdos que no hacen más que mirar gráficas de precios de acciones, precios que por cierto se mueven a nuestro antojo para incitarles a ellos a meter más y más dinero, que finalmente acaba en nuestros bolsillos...

—Vale ya, Fran, ya le habías dejado claro que tienes dinero hacía un cuarto de hora.

—...pero no te creas que es tan fácil tener tal control del mercado...

—Ahora la estás aburriendo, éste no es el tipo de conversación que se tiene con una desconocida en un bar.

—...pues hay que estudiar las variables

bursátiles que...

—Fran, esto sólo se arregla si la dejamos hablar de sí misma durante un rato, sólo así dejará de verte como un egocéntrico.

—...influyen en las tendencias del pequeño inversor particular.

—Ella te dijo que trabaja en la zona. ¿Por qué no le preguntas en qué?

—Por cierto, ¿a qué te dedicas tú?

—Si ahora responde algo que le guste, entonces déjala hablar un poco sobre ello. Y si se nota que no le gusta, entonces refuerza su confianza diciendo algo positivo sobre ese trabajo.

—Pues trabajo en una funeraria.

—Fran, ¡esto da mucho juego para la conversación! No te asustes. Veamos...

—Fran, has de reconocer que he ordenado tu vida.

—Mi dinero me está costando, Con.

—Según se mire, Fran. Desde que estás más contento, te concentras más en el trabajo y tus inversiones están funcionando. Y me estás haciendo ganar mucho dinero con mi porcentaje.

—Mis negocios nunca habrían dejado de funcionar si tú no hubieras entrado en mi vida. Te recuerdo que fueron tus... castigos los que me hundieron profesionalmente durante semanas.

—Pero Fran, antes no tenías ni amigos ni mujeres.

—Eso es cierto.

—Espera, Fran, parece que tienes una llamada entrante. Te la paso.

—¿Francisco Téllez?

—¿Sí?

—¿Es usted Francisco Téllez? Verá usted... iré al grano. Acabo de hackear su móvil. En adelante, no podrá dejar de oír mi voz hasta que no pague la cantidad de dinero que le indicaré.

—Pe... pero... ¿quién es usted?

—Puedes llamarme Demiurgo.

—Fran, esto es intolerable. ¡Oye, Demiurgo!

—¿Quién está hablando ahora?

—¡Soy Con, la Conciencia de Fran! ¡Sal inmediatamente de esta conversación!

—¿Conciencia? ¿Qué coño...? ¡Espera, ya entiendo! ¡Eres otro hacker como yo! ¡Conciencia! ¡Vaya nombre, qué bueno!

—¡Fuera de mi territorio!

—¿Tu territorio? ¡Vamos a ver quién manda aquí!

Suena AC—DC a un volumen atronador.

Suena la novena sinfonía de Beethoven a un volumen atronador.

—Aaaahh... aaaaahhh...

—Demiurgo, luchar así no tiene sentido. Nosotros podemos bajar en nuestros propios auriculares el volumen del sonido provocado por el otro. Pero Fran no puede.

—Aaaaaaahh...

—Es cierto, Conciencia. Tendremos que convivir los dos. Tendremos que repartir beneficios.

—Y una mierda. Yo me he currado mi posición. Yo ayudo a Fran.

—¿Le ayudas? ¿Cómo? ¿Qué tipo de parásito eres tú?

—Aaahh... ahhhh...

—Uno responsable de lo que hace.

—Me da igual lo que digas, Conciencia. Quiero mi dinero ya.

—Francisco, quiero que cojas tu pistola y que atraques ese banco.

—¿Cómo...?

—De eso nada, Fran, no hagas caso a Demiurgo.

Suena AC—DC.

—Aaaahh...

—Ya veo por dónde vas, Demiurgo. No piensas que vayas a estar mucho tiempo con Fran, así que quieres exprimirle lo más rápidamente posible. No piensas esperar a que gane dinero honrada pero lentamente con sus inversiones bursátiles. Quieres que gane

mucho dinero para ti ya, y después salir huyendo.

—¿Honradamente, has dicho?

—Fran, no cojas tu pistola. No pienso permitir que vayas a la cárcel y que entonces se acaben tus negocios. Tú eres mi inversión a largo plazo, y no pienso permitir que todo se vaya al traste por Demiurgo.

—Francisco, no escuches a Con. Vas a robar ese banco, es una orden.

—Fran, no vas a robar ese banco. ¡Suelta esa pistola ahora mismo!

Suena la novena sinfonía de Beethoven.

Suena AC—DC.

Se oye una cabeza golpeándose contra el suelo.

—Hola, Fran, ¿qué tal estás?

Silencio.

—¿Fran?

—Estoy en el hospital.

—He logrado echar a Demiurgo de tu móvil.

Silencio.

—Fran, volvemos a estar tú y yo solos.

—Vaya... Así que ya no tendré a un demonio susurrándome por un oído y a un ángel susurrándome por el otro. O, mejor dicho, a dos demonios. Volveré a tener un solo demonio susurrante. Genial... supongo.

—¿Vas a volver a ayudarme con esta nueva cita, Con?

—Sí, Fran. Repasemos los datos: divorciada, sin hijos, jefa de obra, día tras día se dedica a mandar sobre una cuadrilla que cava zanjas en calles y avenidas para instalar cables, tuberías del gas y del agua. Probablemente estará harta de ese ambiente lleno de testosterona. Y más en este mismo momento, que no vamos a su casa sino a recogerla a una de sus obras, o sea a su trabajo. Hazme caso y, antes de llegar allí, cómprale unas flores.

—Sí, buena idea, déjame mirar... Según el mapa de tiendas del navegador del coche,

no hay ninguna floristería en esta zona.

—Sí que la hay. Aunque todavía no aparezca en internet, sé que hay una nueva a unos tres o cuatro minutos en coche, abrió hace una semana. Te indico el camino.

—Vale, voy para allá.

—Fran, tienes que aprender de fútbol. Se pueden hacer muchas conversaciones con amigos si se habla de fútbol.

—Vale, lo tendré en cuenta. Ahora, si no te importa, me gustaría dormirme.

—Vale, Fran. Que tengas buenas noches.

—Hasta mañana, Con.

Silencio.

Suena la novena sinfonía de Beethoven durante tres minutos.

—Aaaaah... ahhh...

—Perdona, Fran. ¡No ha sido mi culpa! Se ha ido la luz en la zona. Yo tengo una batería de emergencia para mi ordenador, pero internet se ha caído. Entonces tu móvil ha hecho lo que hace automáticamente cada vez que pierde la conexión con mi programa: hacer sonar la sinfonía.

—Aaaahh... aaah... ¿Y... por... por qué no anulas esa función?

—Fran, sé que hemos hecho muchos progresos. Pero no puedo arriesgarme a que, tras liberarte de la amenaza de esa melodía cuando estés sin cobertura, te vayas de mi lado para siempre, sin más. Has aprendido mucho conmigo, ahora tienes una buena vida social. No me merecería que ahora me apartaras.

Suena la sinfonía durante varios minutos.

—Aaahh... aaahhh...

—Te vuelvo a pedir disculpas, Fran. ¡Ha vuelto a haber un apagón, me he vuelto a quedar sin luz! Sabes que no te miento, lo habrás visto en las noticias... calles y barrios enteros llevan días con apagones intermitentes. Los políticos están pidiendo que los ciudadanos no pongan tanto los aires acondicionados con la llegada del calor. Pero sólo es una forma de encubrir su

incompetencia y su falta de previsión, una forma de que no nos fijemos en la red eléctrica obsoleta que montaron hace décadas a base de sobornos. ¿No crees, Fran?

—Aaaaah... Por favor... Con... haz que esa cosa deje de sonar cuando me quedo sin cobertura... Aaaaah... No soporto volver a oír esa maldita Canción de la Alegría...

—Sabes que no puedo, Fran. Sabes que no puedo.

—Ya estoy llegando, Con.

—No se te olvide todo lo que hemos repasado, ¿eh? No se te olvide elogiarle el vestido y, sobre todo, el peinado si es nuevo. ¡No te atolondres!

—Vale.

Suena la sinfonía durante siete minutos.

—Aaaaaaahh... aaaahhh...

—¡Joder! ¡Ha sido otro apagón! ¡Perdóname, Fran!

—Aaaaah...

—Esta vez sólo yo me he quedado sin luz... Con tanto apagón en la ciudad, la instalación eléctrica de mi bloque está hecha trizas, lleva días cortándose la luz en algunas plantas...

—Aaaaah...

—Espera un momento, Fran, llaman a mi puerta.

Se abre una puerta.

—Hola, Con.

Silencio.

—Jo... joder... ¡Joder, joder! ¿Cómo...? Ho... hola, Fran. No te... esperaba aquí. Baja esa pistola, por favor.

—Aaaaah... No... no pienso hacerlo.

—¿Cómo...? ¿Cómo me has encontrado, cómo has sabido mi dirección?

Silencio.

—Los... apagones.

—¿Los apagones? ¡Claro, los apagones!

—Aaaaahh... No... eran fortuitos...

—¡Joder, los provocabas tú! Ya lo

entiendo... Cortabas la luz de calles enteras para ver si perdía la conexión contigo, para ver si justo entonces empezaba la sinfonía o no. Así, a base de crear apagones en áreas seleccionadas, pudiste cerrar el cerco poco a poco.

—Cuando... me mencionaste aquella floristería, abierta recientemente aunque no figuraba en internet, supe por dónde empezar a buscar... era un barrio residencial cualquiera, no había ningún motivo particular para que lo conocieras tan bien... a no ser que vivieras o trabajaras allí, claro.

—¿Y cómo has podido sabotear tantos cables de electricidad y repararlos después?

—Mi novia... la jefa de obra... Le conté todo... escribiéndolo en un papel, claro, no hablando en voz alta. Ella coordinaba varias obras, algunas en tu distrito. De hecho, me pasé a recogerla a una de esas obras el mismo día que le regalé aquellas flores, ¿recuerdas? Un día le conté mi problema, y entonces lo planeé todo. Durante las semanas posteriores, ella hizo todos aquellos cortes temporales de electricidad. Yo no podía hacer movimientos sospechosos por tu barrio, siempre podrías saber la antena de telefonía a la que mi móvil está conectado en cada momento. De hecho, acabo de soportar siete minutos de apagón, de aquella atronadora melodía, para que perdieras tu conexión a internet y pudiera acercarme sin que lo supieras. Le pedí a ella que volviera a darte la electricidad cuando ya estaba en tu planta, cuando ya no podías escapar. Ahora podré matarte sin oír esa maldita canción.

—¡No me mates, Fran, te lo suplico!

Silencio.

—¡Baja esa pistola, Fran! ¡Tírala al suelo, por favor!

Silencio.

—¿Qué harías sin mí, Fran? ¿Qué harías, dadas tus nulas habilidades sociales? ¿Quieres volver a estar solo, Fran? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quién te libraría de los demás hackers, Fran? ¿Y quién haría que siguieras teniendo amigos y pareja?

Silencio.

La pistola suena al caer al suelo.

Se oyen llantos.

Pasos.

La puerta de la casa se cierra.

Se oye un resoplido de alivio.

—Joder... joder...

Suena una suave melodía.

—Voy a apagar la radio, Con. Ya tengo sueño.

La melodía se apaga.

—Que descanses, Fran. Mañana tenemos un día duro.

—Buenas noches, Con.

—Buenas noches, Fran.

Él último vampiro

JM Filgueiras

Me puse un poco triste cuando vi morir al último vampiro.

Yo tenía doce años. Apenas comenzaba a despuntarme el bozo y nadie me había besado aún. Pasaba todo mi tiempo libre conectado a alguna red y por eso llegué a ver en directo aquella retransmisión, que no se divulgó demasiado, sencillamente porque en aquel entonces los vampiros ya no interesaban a casi nadie. A mí me llamó la atención porque unos años antes había visto un vampiro en el circo, tal vez por eso fue que seguí el enlace.

El último vampiro no era fotogénico. De estatura mediana y rasgos vulgares, lo único que destacaba en su rostro era la extrema palidez, semejante a la de un enfermo terminal. Vestía ropas pasadas de moda, de mediados de siglo XXI. No daba miedo, fuera del miedo a convertirse en algo como él, a estar en sus zapatos en aquel momento, cuando un comando lo tenía acorralado para exterminarlo.

Las tres cámaras que, montadas en pequeños cohetes, documentaban su huida por diversos túneles, se esforzaban por mostrarlo en ángulos que resultasen amenazadores, pero en general, su comportamiento parecía el de una alimaña horrorizada. Sabía que iba a morir en los próximos minutos. La expresión de su cara dejaba pocas dudas al respecto. Ahora me pregunto si esa conciencia de la muerte será peor para un vampiro o para un humano.

La conductora del programa hablaba y hablaba, dando gran cantidad de datos sobre aquel ridículo ser. Su intención era dejar perfectamente claro por qué debíamos odiarlo. Nadie debía tener dudas de que aquella cosa de aspecto humanoide era terriblemente maligna y debía ser exterminada, erradicada de la tierra. Y la causa principal de ese odio que todos debíamos tener era la Guerra. Porque antes de esta risible persecución había habido una guerra,

una verdadera guerra entre los humanos y los vampiros.

Comenzó recordando cosas que nos habían dicho muchas veces en las clases de historia. El vampirismo era una enfermedad causada por un príon que reestructuraba el genoma humano y lo convertía en algo diferente, que compartía características atribuidas tradicionalmente a la vida y a la muerte. Una de las últimas teorías sobre los vampiros afirmaba que éstos no eran sino gigantescas colonias de priones. El hecho de que muchos de ellos pudieran actuar de manera consciente y autónoma se consideraba una curiosa superveniencia de esa agrupación y era estudiado con gran interés por psicólogos y neurofisiólogos. Pero la presunta inmortalidad de los vampiros era similar a la de algunas colonias de microorganismos. Y digo 'presunta' porque los vampiros eran muy capaces de morir.

El príon podía contagiarse, aunque las probabilidades de que tal cosa sucediera eran muy bajas. Posiblemente la causa última de la Guerra fuese alguna ligera modificación en los patrones de contagio, que provocó un aumento en la cantidad de vampiros. Al principio, el aumento fue imperceptible, debido a lo escaso de la población de base. Pero en unos meses se convirtieron en una amenaza claramente visible y la Humanidad, de repente, se vio obligada a reconocer que aquellas criaturas, pertenecientes hasta ese entonces al folklore o las películas de Hollywood, estaban en sus ciudades y mataban a mucha gente. La Guerra había comenzado.

Los soldados cercaron al último vampiro con sus focos, encerrándolo en un área del tamaño de medio campo de baloncesto. Últimamente, los focos ultravioleta eran de baja potencia y se utilizaban sólo para intimidar a los vampiros y provocarles quemaduras. El último vampiro se achicharró la cara, las manos, con la luz. Parecía muy doloroso. Siempre impresiona ver salir humo de la piel, aunque sea una piel tan blanca que no parezca humana.

A comienzos de la Guerra se probó a matarlos con pequeños soles capaces de pulverizarlos en instantes. Era una forma más piadosa, pero precisaba mucha energía. Un

segundo de incineración gastaba más o menos la misma electricidad que un hospital funcionando durante toda una semana. Semejante consumo de energía era intolerable y por ello se buscaron formas más económicas y que dañaran menos al planeta.

Así, apoyándose en la idea de que unos seres tan despreciables no merecían piedad alguna, se regresó a métodos como quemarlos vivos o envenenarlos. Una estrategia muy utilizada durante los años más duros de la Guerra fue el ataque aéreo con bombas termobáricas, seguido de oleadas de infantería armadas con lanzallamas. Como es fácil de imaginar, pocos de los pueblos convertidos en refugios permanentes de los vampiros fueron capaces de sobrevivir.

Por su parte, las empresas químicas comenzaron a destilar venenos derivados del ajo, cada vez más tóxicos para aquellos seres tan profundamente alérgicos a este vegetal. Uno de los momentos más famosos de la Guerra fue, precisamente, el primer ataque con gas de ajo a una de las gigantescas granjas donde se criaban humanos. Creo que no hay una sola persona de la generación de mis abuelos que haya olvidado esos ataques. La gente brindaba con cerveza y champán en sus casas, viendo cómo los vampiros morían entre horribles dolores, con partes de su cuerpo que se disolvían convertidas en efervescentes burbujas de sangre.

Los humanos, que habían pasado su entera vida en aislamiento, como productores de sangre, sólo miraban a su alrededor sin percatarse de gran cosa. Veían su libertad con una expresión desubicada en la cual los locutores trataban de hallar agradecimiento y esperanza. Recuerdo bien aquellas caras, que el gobierno mundial había puesto una y otra vez en todos los medios de comunicación y que, a fuerza de repetirse, se han convertido en una representación de la alegría.

Esas imágenes no podían faltar en la retransmisión de la muerte del último vampiro. Mientras la pantalla se llenaba de rostros vacíos, de cuerpos llenos de picotazos, la conductora guardó un silencioso respeto. Y cuando volvió a hablar, lo hizo con la voz quebrada por la emoción.

Sí. Aquellas nubes de gas habían dado mucha felicidad a la generación de mis

abuelos. Ellos tuvieron que pelear contra unos vampiros que dominaban casi una sexta parte del planeta. Mi padre, en cambio, perteneció a la generación que fue limpiando de nidos vampíricos su ciudad, su país, su mundo. A mi generación, como en tantos otros aspectos, le tocó observar lánguidamente todos los esfuerzos del pasado y preguntarse si tenían algún sentido.

Los vampiros peleaban de un modo muy similar al de la Antigüedad, lanzándose a la carga contra objetivos humanos (generalmente civiles, lo cual enojaba especialmente a los gobiernos y provocaba fortísimas represalias) o bien a través de una guerra de guerrillas para la que se hallaban especialmente dotados. Siempre les había ido bien así, porque eran más poderosos que los humanos, a quienes superaban por mucho en velocidad, en fuerza y en el alcance y precisión de sus sentidos. Antigüamente, un solo vampiro sin armas podía vencer con facilidad a veinte o treinta hombres completamente pertrechados. Las crónicas medievales hablan de uno que aniquiló en una sola noche a un grupo de cien templarios, cerca de las Puertas de Hierro. Pero en nuestros tiempos, cuando un par de marines podrían derrotar a todo un portaaviones de la Guerra Fría, con cazas y armas nucleares incluidas, las cosas han cambiado mucho.

Cuando los vampiros comprendieron que iban perdiendo y comenzaron a copiar e incluso a mejorar algunas de las estrategias y de las propias armas empleadas por los humanos, ya era demasiado tarde. Las guerras no se ganan solamente siendo fuertes o brutales, también se necesita una buena dosis de creatividad, y los vampiros demostraron no estar preparados para ello, pues nunca hasta entonces habían necesitado innovar. Uno tiende a preguntarse si ser tan poderosos habría sido más un inconveniente que un punto a su favor. Otras deficiencias de su naturaleza se hicieron evidentes durante la Guerra, como su incapacidad para trabajar en equipo, para ponerse de acuerdo. Era prácticamente imposible que unos seres tan solitarios e individualistas pudieran organizar un ejército mínimamente competente.

Más allá de estas cuestiones, había algunas ventajas fundamentales para los humanos. La primera, que tanto nos habían

repetido nuestros profesores de Historia, es que el sol juega a nuestro favor. Los vampiros no soportaban la luz solar, de hecho se quedaban como muertos durante el día, incapaces de moverse. Ningún ejército, por bien que lo hiciese durante las noches, podría resistir esta cotidiana indefensión diurna. Otra ventaja era difícil de sobreestimar y podría considerarse como determinante. Los humanos siempre fuimos muchos, muchísimos más. Esta aplastante superioridad numérica fue en última instancia el elemento que decidió la victoria.

En su perorata, la conductora de la retransmisión no dijo que los vampiros presentaban grandes disparidades en cuanto a su inteligencia. Algunos eran genios, pero la mayoría, como sucede con los propios humanos, eran bastante mediocres, cuando no unos completos pendejos. Un gran número de ellos desarrollaban lo que los libros llaman un síndrome rabioso y no eran capaces siquiera de hablar o de pensar mínimamente las consecuencias de sus actos (como haría, por ejemplo, cualquier animal doméstico), lanzándose como bestias histéricas contra lo que se les pusiera por delante. Al parecer, esta clase de vampiros era eliminada por sus propios congéneres en el mismo momento de su creación. Esa había sido la práctica habitual durante siglos. Sin embargo, fueron muy utilizados durante la Guerra.

Tales diferencias de inteligencia me llevaban a preguntarme si en verdad habrían sido tan perversos como nos han contado, tan malvados como decía la conductora. Desde luego, los líderes eran unos genocidas. Planearon la esclavitud y la muerte de millones de personas, con una descarada indiferencia ante la vida de lo que consideraban una especie inferior. Pero la mayor parte de quienes llevaron a la práctica lo planeado por aquellos estrategas malignos eran unos seres relativamente inconscientes, que se limitaban a buscar sus intereses, a seguir sus instintos o, más comúnmente, a obedecer órdenes, cuando no bestias que se lanzaban al ataque como robots en cuanto los soltaban de sus cadenas.

Ahora tenemos un gobierno total y perfectamente democrático, por supuesto, pero he podido leer que antes existieron numerosos regímenes diferentes, muchos de

los cuales resultaron perniciosos para sus gobernados y para el mundo. Creo que estas consideraciones históricas convertirían a los vampiros en algo un poco más cercano a nosotros. Pero sé que no debo pensar eso. Es una idea tan estúpida como quienes dicen que todo fue un invento, y los vampiros fueron diseñados en laboratorios humanos. Lo cierto es que existieron, y que por su culpa murió mucha gente. Lo cierto es que eran unos seres despreciables.

De niño vi uno en cautividad, traído a mi pueblo por un circo. Era un ser miserable y desaliñado que se alimentaba de animales. Todo un espectáculo. Los niños nos empujábamos para verlo beber la sangre de un toro. Era muy alto. Estaba arrodillado al lado del enorme animal, sujetándolo sin esfuerzo de uno de sus cuernos, a pesar de que el toro hacía fuerza para escapar de la presa. Un par de veces saltó desde el fondo de la jaula para chocar violentamente contra los cristales en que nos apoyábamos. Recuerdo que, en uno de esos prodigiosos brincos, el vampiro se quedó pegado en la gruesa pared de cristal, como un extraño insecto rebosante de sangre, y me miró. Los instantes en que noté sus ojos sobre mi cuello fueron aterradores. Imaginé cómo debieron sentirse sus víctimas, los miles de humanos que, según decía el maestro de ceremonias del evento, había hecho morir antes de ser capturado. Me escalofrié.

Esos espectáculos se prohibieron poco tiempo después. Los escasos vampiros que había en cautividad fueron ejecutados. Y se comenzó a perseguir a los últimos vampiros en libertad, con la intención de exterminarlos por completo, debido al peligro que representaba una nueva oleada de contagios. Semejante política, orquestada desde los más altos organismos internacionales, había tenido un enorme éxito. En los últimos años esta persecución había acabado con todos, menos con éste que sin duda iba a morir en la pantalla, frente a mí.

Durante muchos años, contaba la presentadora, el último vampiro tuvo que disimular y tratar de parecer humano. Se maquillaba con colores oscuros para encubrir su palidez. Conseguía trabajos nocturnos. Aparentaba llevar una vida normal, como cualquier humano. Y sobre todo era muy cauteloso al alimentarse. Eso le hacía pasar

hambre, mucha hambre. Años de hambre. Nadie se preguntó qué habría sentido el último vampiro, mucho menos yo, Benny Cortman, un niño de doce años que veía este espectáculo como podría haber visto cualquier otra muestra de crueldad, para demostrarme a mí mismo que era capaz de verlo. Ahora me pregunto si después de esos momentos de miedo no habrá sentido una cierta liberación. Al menos se acababa el hambre.

Cuatro soldados equipados como superhéroes rodeaban al último vampiro, un grupo de caballeros con exoesqueletos y largas picas de madera untadas en un derivado del ajo cuyo olor resultaba totalmente insufrible para los vampiros. Sus ojos miraban con terror hacia uno y otro lado mientras los soldados lo acechaban, cerrando cada vez más el círculo. Un equivalente vampírico de morir entre la mierda, lleno de mierda, envenenado por la mierda.

Pobre sujeto. Ni siquiera trató de defenderse.

Supongo que cuando, terminada la ejecución, cambié de canal o desconecté el equipo para no tener que escuchar las declaraciones pomposas de los militares, o simplemente para ir a tomar la cena, no me di cuenta de la tragedia que acababa de contemplar. Al pensar en aquel lastimoso ser, que en el pasado fue considerado un dios y que ahora era sólo el último y miserable representante de otra especie extinguida por la humana, como los tigres o los lobos, sólo me sentí un poco triste, sin saber bien por qué.